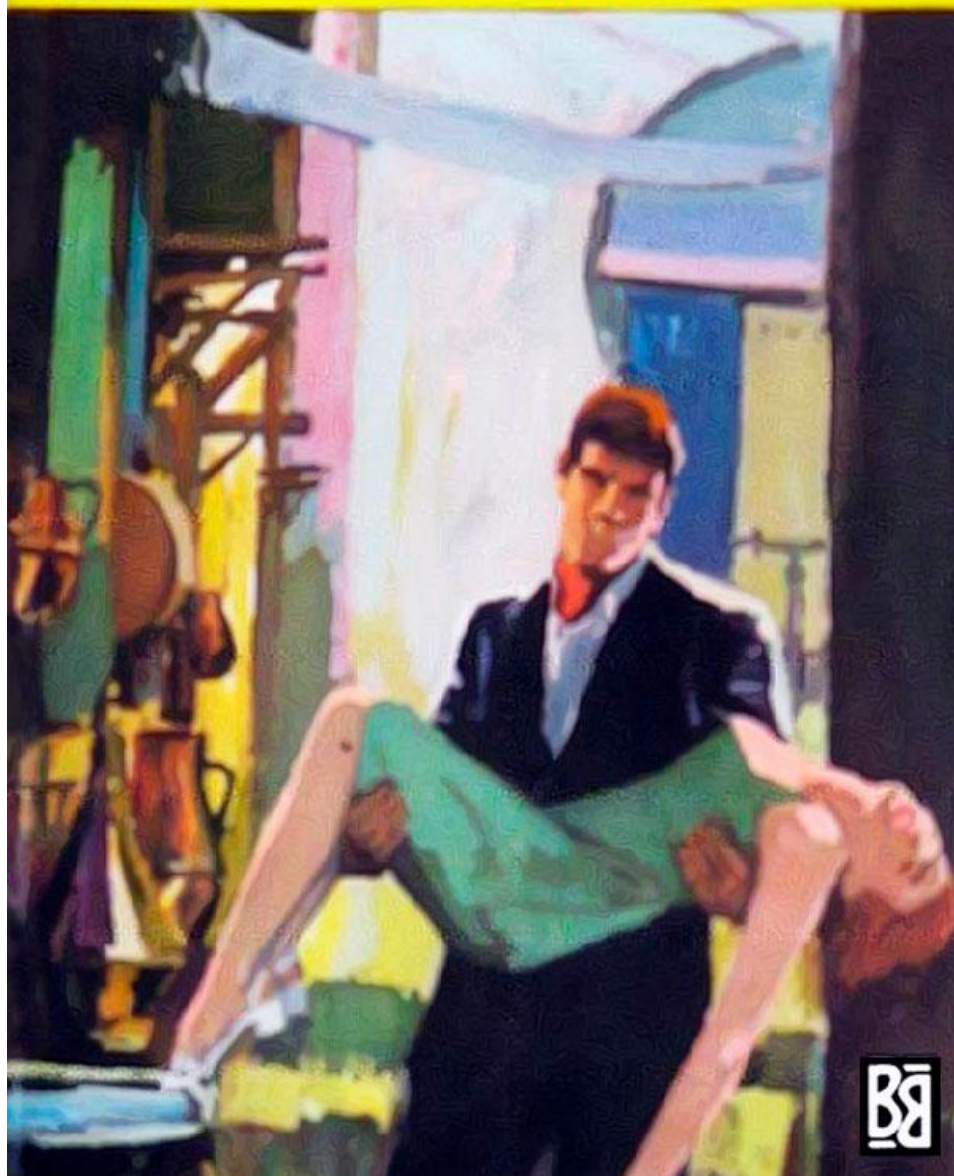


PUNTO

ROJO

el reino de las sombras

silver kane



B&B

COLECCION

PUNTO ROJO



RICHARD



MARJORIE



4-1-77

SILVER KANE

EL REINO DE LAS SOMBRAS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 275
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 16.842 - 1967

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: julio 1967

© SILVER KANE- 1967
sobre la parte literaria

© DESILO - 1967
sobre la cubierta

© PEÑA - 1967
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

1.020 — El *sheriff* más joven de Texas.

En Colección SERVICIO SECRETO;

879 — La última oportunidad de Johnny Laurent.

En Colección SALVAJE TEXAS:

576 — El buitre de Nevada.

En colección KANSAS:

456 — Ha muerto una desconocida.

En Colección BÚFALO:

715 — Millonaria peligrosa.

En Colección ASES DEL OESTE:

402 — La hora de los demonios.

En Colección METRALLA:

49 — ¡Os ordeno morir!

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

243 — Melodía para un "gangster".

En Colección BRAVO OESTE:

336 — La hija de la serpiente.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

158 — La isla del trueno.

En Colección COLORADO:

468 — ¡No habrá tiros!

En Colección CALIFORNIA:

566 — "Benny Holt".

En Colección PUNTO ROJO:

273 — El tribunal fantasma.

PRIMERA PARTE

EL HOTEL DE LOS SUICIDAS

CAPÍTULO PRIMERO

Anoche tuve un condenado sueño.

No, no piensen que soy un tipo demasiado imaginativo o de esos que sienten miedo apenas llega la noche. Al contrario, me tengo por un tipo bastante frío y observador, y me gano la vida quitando el miedo a los otros. Mi tarjeta dice esto:

RICHARD H. PRINCE
Alta Investigación Privada

Confieso que en tan pocas palabras hay dos que sobran, y que están allí simplemente para causar buena impresión. Una de ellas es la «H» que intercalo entre mi nombre y apellido. No tiene razón de ser, pero he notado que a la gente les causa más respeto los apellidos ligeramente complicados. Incluso los presidentes de los Estados Unidos tienen cuidado en eso como, por ejemplo, Lyndon B. Johnson. Qué tontería, ¿verdad? Pero en este país no da resultado llamarse «Perry Smith» a secas.

La segunda cosa que sobra es la palabra «Alta» delante de «Investigación privada».

Mis gestiones no tienen nada de altas. Soy un miserable tipejo que empieza. Tengo un despacho en la Avenida Nueve y que me aspen si ése es el mejor sitio de Nueva York. Tengo una secretaria para introducir a las visitas, porque está mal eso de abrir uno mismo la puerta, pero no tengo visitas. Es muy posible que tenga que despedir a Marjorie el mes próximo, alegando crisis laboral.

Pero como he empezado diciendo, yo había tenido un sueño. Hasta un tipejo de los que empiezan puede permitirse ese lujo.

Fue una noche en que las cosas no salieron mal del todo. Tuve una cliente que quería separarse de su marido. Luego averigüé que no tenía marido ni nada, pero eso fue a las dos de la madrugada. Yo no le parecía mal del todo, y por lo visto quiso entablar conocimiento conmigo de un modo tan original. Afortunadamente, sabía besar bien. Rodamos por diversos locales de la Calle Cuarenta y Dos hasta que la dejé en su casa. Me pareció lo mejor, porque yo estaba bastante bebido. No sé lo que me ocurrió aquella noche. Luego pensé que no llegaría hasta el despacho, porque yo soy tan rico que incluso duermo allí, y me colé de rondón en un hotel. Era eso mejor que perderme o quedar dormido en un taxi.

El hotel estaba en un lugar tranquilo, cerca de la Battery. Desde las ventanas de los pisos superiores debía verse la zona de Wall Street, pero a mí me colocaron en una planta a media altura. Era la única habitación que quedaba vacía.

Recuerdo que caí en la cama vestido. La bebida me había producido un efecto infernal, quizá por el hecho de que yo no había cenado aquella noche. Cerré los ojos, e ignoro el tiempo que debió transcurrir.

Fue entonces cuando empezó aquel maldito sueño.

¿Recuerdan ustedes a Benton?

Quizá no leyeron su nombre en las páginas de sucesos de hace un par de años, si ustedes ojean el periódico con prisa, mientras viajan en el «subway» o esperan el autobús que ha de conducirles a Queens o el tren que ha de trasladarles a New Jersey. Pero las noticias sobre Barton abundaron entonces, justo cuando yo acababa de obtener mi licencia profesional. Benton había matado a dos mujeres en una casa aislada, situada cerca de Nueva York. Detenido y condenado a muerte, logró fugarse. Desde entonces se ignoraba su paradero.

Bueno, pues esa noche yo vi a Benton.

El tipo estaba allí, en mi habitación. Había entrado por la ventana. Me miraba fijamente y tenía la extraña facultad de ir y venir, de aparecer y esfumarse en el aire. Claro que esas cosas sólo ocurren en los sueños. Había momentos en que estaba junto a mí, y otros momentos en que volaba por las alturas y se perdía en el silencio de las calles de Nueva York.

Absurdo, dirán ustedes. Además, el amigo Richard H. Prince ha

empegado por confesar que el licor le sentó mal en esa noche. Que te faltaba muy poco para estar borracho.

Pero no, no fue el alcohol. Yo tenía una extraña sensación de serenidad mientras ocurría aquello. Mientras veía a Benton entrar y salir por la ventana igual que una aparición.

Bueno, olvidémoslo.

Eso fue lo que decidí a la mañana siguiente: olvidarlo. Tomé una ducha fría, pagué el hotel con mi último dinero y salí para dirigirme a mi oficina.

Había olvidado que era domingo. Sin embargo, allí estaba Marjorie.

Sólo he dicho de Marjorie, hasta ahora, que quizá me vea obligado a despedirla por crisis laboral. Bueno, eso es una injusticia. De Marjorie se pueden decir muchas más cosas, una montaña de cosas. Es alta, muy bien formada, y algo llenita. Yo no sé si será porque a veces paso hambre, pero me encandilan más las chicas llenitas que las flacuchas. Usa ropa interior muy fina (yo no he podido vérsela toda, lo confieso con gran pesar), y cuando cruza las piernas uno se marea.

Bueno, pues Marjorie estaba allí.

Había cruzado las piernas.

Me miró y dijo con gran calma:

—Hola, jefe.

—Hola, Marjorie. ¿Qué es hoy? ¿Lunes?

—Domingo.

—¿Domingo? Entonces ayer fue sábado...

—Magnífica inteligencia la suya, jefe. Fue sábado y usted salió con aquella chica.

—Aquella chica... ¡Bah! Una cliente, nada más que eso. Una auténtica cliente. Muchacha seria, no vaya a creer. —De pronto parecí caer en algo—. ¡Diablos! Si hoy es domingo, ¿qué haces aquí?

—Pretendo cobrar.

—¿Qué...?

—Ayer fue sábado, como tan inteligentemente acaba de deducir usted y, sin embargo, no me pagó un níquel.

Si algo quedaba de mi borrachera anterior se esfumó al instante. Diantre, lo que sucedía era trágico. Yo no podía pagar a Marjorie.

Estaba más acorralado que el general Von Paulus en Stalingrado. No me quedaba ninguna salida.

—Debí olvidarlo —balbucí—. ¡Uno tiene tantas ocupaciones! ¡Bueno, el caso es que...!

Marjorie me miraba fijamente.

—¿No tiene dinero, jefe?

—Es sólo por ahora. La cliente que vino ayer me ha prometido pagar mañana sin falta.

—¿Sí?

—Palabra, Marjorie.

—Yo necesito cobrar hoy.

—Aguarde un día. ¡Sólo unas horas! Mañana, Marjorie, estará usted nadando en oro. Nadaremos en oro los dos.

—¿De veras?

—Hay que tener fe.

—Yo ya he tenido fe demasiado tiempo, jefe. —Marjorie descruzó las piernas, adoptando una actitud la mar de modosita—. No puedo esperar más. Me temo que no le va a quedar más que una solución, jefe.

—¿Una solución? ¡Estupendo!

—¿No me pregunta cuál?

—Es igual. Si se trata de una solución que la deje satisfecha, Marjorie, la acepto de antemano.

Ella sonrió.

—Lo celebro, jefe, porque lo único que puede hacer para no tener que pagarme un sueldo, es casarse conmigo.

Y volvió a cruzar sus piernas, la muy maldita. No tuve valor para decirle que no.

—Richard...

Era la primera vez que me llamaba por mi nombre. Y tenía una voz distinta, espesa, un poco ansiosa.

Cuando Marjorie me dejó respirar un poco, extraje mi agenda para ver qué asuntos tenía al día siguiente, lunes. Me era necesario sacar dinero de algún sitio. Si no debería pagar el sueldo a Marjorie, en cambio habría de mantenerla y vestirla. Y no podríamos dormir los dos en el despacho. La «solución» que ella me había propuesto era, ahora me daba cuenta, la mar de buena.

¡No saldría vivo de aquel jaleo!

Vi que la agenda apenas tenía asuntos marcados, y todos eran malos, además. Había sido un estúpido gastando mi último dinero en invitar a aquella chica y dormir fuera del despacho.

Eso me hizo recordar algo.

—Esta noche pasada he tenido un sueño, Marjorie —expliqué—. Un sueño la mar de raro.

—Yo sé cuál.

—¿Sí?

—¡Soñabas conmigo!

Todas las mujeres son unas ingenuas, o al menos lo parecen a ratos. Puse cara de circunstancias.

—Siento decepcionarte, Marjorie, pero soñé con un asesino.

—¿Un asesino? Debías estar bebido.

—No, no... Yo sentía la cabeza muy clara, como si estuviera despierto. Exactamente eso: Era igual que verlo realmente. El asesino entraba por la ventana y volvía a salir. A veces estaba junto a mi cama y luego se esfumaba por las calles de Nueva York.

Marjorie encendió un cigarrillo.

—¡Pues vaya sueño! ¿Y no te asustaste?

—Era algo incomprendible. Sentía más curiosidad que miedo. Luego me pareció que la sangre se me helaba en las venas. Entonces el sueño se esfumó.

—¿Quién era el asesino?

—Benton.

—Lo recuerdo. Benton... Asesinó a dos mujeres en una casa aislada. Huyó cuando había sido condenado a muerte.

—Pues era como si lo viese allí.

—¿Volando por los aires? Traté de reír.

—¡Qué absurdo! ¿Verdad? Tuve una noche muy extraña. En fin, voy a comprar cigarrillos. Veo que te has fumado el último que me quedaba.

—¿Tienes dinero para eso?

—Me quedan unas monedas. Perdóname; enseguida vuelvo.

No necesitaba más que doblar la esquina, donde había una máquina automática. Volví al cabo de cinco minutos.

Encendí un cigarrillo, y entonces noté que Marjorie me miraba con atención especial.

—¿Qué ocurre? —musité.

—¿Has cambiado de marca?

—¿Yo?

—No me dirás que ni siquiera te has fijado en el paquete que comprabas.

Lo tenía aún en la mano. Lo miré. Era «Old Gold».

—Tú siempre fumabas «Camel» —explicó Marjorie.

—Sí... Es cierto.

—¿Y por qué has cambiado? ¿Ya no te gusta?

—Nada de eso. El «Camel» me parece estupendo, y el «Old Gold» también, pero...

—Bueno, no tiene importancia —rió ella—. Ya que desde ahora no podrás cambiar de mujer, cambia de cigarrillos.

Me quedé un momento mirando el paquete con los ojos entrecerrados. Luego susurré:

—Marjorie...

—¿Qué pasa, Richard? ¿Por qué pones esa cara de preocupado?

—No tiene sentido... ¿Sabes que he cambiado de marca de cigarrillos sin darme cuenta?

—Te habrás equivocado en la máquina.

—No, no puede ser... Compró en ella casi todos los días.

—Bueno, ¿y eso qué importancia tiene? ¿Por qué te preocupa esa tontería? Mañana, si tienes dinero, compras tu marca habitual y en paz.

—Marjorie, yo hice eso conscientemente. Es decir, cambié de marca por algo.

Ella me miró con curiosidad. Se puso en pie, privándome del espectáculo cautivador de sus piernas.

—¿Alguien te recomendó que cambiaras?

—Sí... Alguien debió hacerlo.

—¿Quién?

—No lo sé...

—La chica con la que saliste, seguro.

—No, yo creo que no fue ella. No hablamos de tabaco una sola vez.

—El conserje del hotel...

—Tampoco.

—¿A quién más viste?

—A diversos camareros, a gente que trabaja a lo largo de la

Calle Cuarenta y Dos...

Gente alegre. Pero estoy seguro de que con nadie hablé de marcas de cigarrillos.

Ella hizo un gesto de hastío.

—Bah, eso sigue sin tener importancia. Olvídalo.

—Eso quisiera. Sin embargo, tengo la sensación de que me recomendaron esa marca... cuando estaba solo.

Marjorie parpadeó.

—La radio o la televisión que había en la habitación del hotel.

—No, no había nada de eso. Era un hotel modesto. Ni radio ni TV. Seguro que no fue eso.

Siguiendo un impulso que no quería explicarme, consulté la agenda y busqué un número de teléfono escrito la noche antes con letra insegura. Los disqué.

Me respondió una voz femenina dulce, pero cansada.

—¡Oh, Richard! ¿Eres tú?

—El mismo que viste y calza, Evelyn. El mismo que bebe y no paga.

Marjorie me miró con ojos llameantes.

—¿Quién es Evelyn? —musitó.

Puse una mano sobre el aparato.

—La de anoche, ¿ya no te acuerdas? La cliente.

—Vaya.

Retiré la mano.

—Oye, Evelyn, quisiera preguntarte una cosa.

—¿Por qué no vienes a preguntármela personalmente? Estoy todavía en la cama. Muy cansadita...

—Es una tontería, Evelyn.

—Tontería la que tú hiciste anoche. Perdiste tu gran oportunidad, muchacho; Yo hubiera dicho que sí a todo.

—¿De qué hablamos?

—¡De cualquier cosa menos de amor, idiota!

—Evelyn, no te ofendas. Hay algo que me preocupa. ¿Hablamos de tabaco en algún momento?

—¿De tabaco? Pero ¿qué dices?

—¿No me recomendaste que fumara otra marca?

La voz de Evelyn empezó a sonar con impaciencia.

—¡Mira, rico, si me has llamado para eso puedes irte al diablo!

¡Yo vi que fumabas «Camel» y te dije que a mí también me gustaban! ¡Eso fue todo! Y si no tienes nada más que preguntar... ¡vete al infierno!

El chasquido del auricular, al ser colgado con furia, por poco me perfora un oído.

Miré a Marjorie con cara de idiota.

—Ya has visto que sólo quería preguntarle eso...

—¿Tanto te preocupa?

—Sí. Es como una sensación incomprensible, lejana... Como una maldición sin sentido que yo llevo dentro. Pero ella no fue. No fue Evelyn quien me recomendó cambiar de marca, sino al contrario. A ella también le gustaban mis cigarrillos.

—Mientras no le gustara más que eso...

—Lo curioso es que no hablé de eso con nadie más. Cada vez estoy más seguro, Marjorie. Bueno... —suspiré—. ¡Menuda tontería! Lo mejor que puedo hacer es olvidarlo.

Deposité la agenda en un lado de la mesa.

—Es curioso —susurró Marjorie.

—¿A qué te refieres?

—El lapicero de la agenda.

—¿Qué ocurre con él?

—Tú siempre has sido muy ordenado, a pesar de tus defectos. Eso sí que lo tienes. Jamás se te ocurriría meter la agenda en un bolsillo y el lapicero en otro. Sin embargo, anoche lo hiciste. Estabas tan entusiasmado con aquella víbora que hiciste justamente eso: meter la agenda en un bolsillo y el lapicero en otro. Me dije que ella debía gustarte mucho, para hacer tú eso.

—¿Y qué ocurre ahora?

—Cuando has sacado la agenda, el lapicero estaba ya bien metido en la pequeña funda que va entre las hojas.

—¿De veras?

—Sí. Me he fijado bien en eso.

—Pues no tiene sentido... No apunté nada anoche.

—El número de teléfono de aquel angelito.

—Lo apuntó ella. Tenía mucho interés en que la recordase. Ya sabes que yo sólo deseaba olvidarla. Yo... en fin...

Eres tan bueno que te están naciendo alas, muchacho. Pero en fin... ¿cuándo pusiste el lápiz en la agenda?

—Tuvo que ser... durante la noche.

—¿Dormido?

Entorné los párpados. Tenía la oscura sensación de que una mano fría empezaba a apretar mis sienes.

—Dormido no, claro que no. Sería ridículo.

—¿Eres sonámbulo, amor?

—¡Qué va! Yo sólo sería sonámbulo para perseguirte a ti por los tejados, nena.

—No empieces ahora. Resulta que por la noche tuviste que estar despierto. Y te levantaste.

Apreté los labios. La sensación de frío en mis sienes era ahora mucho más intensa. Se había hecho casi espantosa.

—Entonces, si no estaba dormido —balbucí—, ¿cuándo soñé aquella maldita cosa?

CAPÍTULO II

Sólo habían transcurrido cinco días cuando volví a acordarme de aquello.

En cinco días había tenido dos clientes nuevos, lo cual era un auténtico *récord*. Parecía que las cosas se iban poniendo bien, cuando de pronto ocurrió aquella tontería.

Fue el suicidio de Evans.

Evans había sido cliente mío cuando yo empecé. Un tipo amargado, receloso, que sospechaba hasta de su sombra. La única persona de la que no sospechaba era su mujer, pero precisamente ella fue la que le engañó. La visita de Evans fue motivada por el deseo de que yo obtuviera pruebas de la infidelidad de su esposa.

No las obtuve. Fue uno de mis fracasos.

Desde entonces me olvidé de Evans, pero ahora volvía a echármelo a la cara. Su nombre ocupaba la mitad de la página que habitualmente dedica a «Sucesos» el «Herald».

Evans se había suicidado lanzándose por una ventana. El tipejo estaba forrado de oro. La policía estaba preguntándose qué infiernos podía haber inducido a aquel tipo a querer irse al otro barrio.

Yo sabía un posible motivo: Su media naranja.

Ella debía haber seguido engañándole. Debía haberlo hecho más descaradamente cada vez, hasta causar la desesperación de Evans, quien era un tipejo demasiado avaro para sostener los gastos que ocasiona una demanda de divorcio.

Y, como todos los avaros, había terminado por pensar que su oro valía más que su vida. Bueno, eso fue lo que yo creí.

Con el buen deseo de avisar a la policía, fui a visitar el único amigo que tenía en ésta: el teniente Trullock. Precisamente Trullock iba a encargarse, muy a gusto suyo, del sencillísimo caso Evans.

Un suicidio claro como el agua.

A enterrar el cadáver. A archivar el asunto y a dormir. Así se trabaja a gusto.

Trullock puso cara de conejo cuando me vio.

—¿A qué vienes, Richard H. Prince? ¿A estropearme la tarde?

—Quiero ver el fiambre de Evans, muchacho, antes de que os lo repartáis entre los agentes.

—¿Para qué quieres verlo? Tiene muy mala cara.

—Fue cliente mío.

—Y te dejó algo por pagar, seguro. Pues despídete y piensa en otra cosa.

—A lo peor sé por qué se mató.

—No me digas...

—Quisiera ver el cadáver. Hala, acompáñame a la Morgue. No perderemos el tiempo.

Trullock refunfuñó, pero acabó por acompañarme a la Morgue y enseñarme el cliente más rico y más avaro que yo había tenido.

Efectivamente, Evans no debía sentirse muy bien. Tenía mala cara de verdad.

El trompazo contra el suelo se lo había roto todo menos la cartera. Su rostro estaba hecho un asco. No le hubiera reconocido si Trullock no me llega a decir quién es.

Desnudo como estaba en el frigorífico, parecía un pollo congelado. Tenía los dedos de la mano derecha crispados, como si aún sostuviera entre ellos una moneda.

Trullock pegó un puntapié al cajón frigorífico y lo hizo encajar en su puesto.

Luego se palmeó las manos, como el que ha hecho un buen trabajo.

—¿Satisfecho?

—Se ha hecho polvo, el pobre. Ha debido caer desde una altura tremenda.

—Ocho pisos.

—¿Dónde están sus cosas?

—¿Para qué quieres verlas?

—Simple curiosidad. Hala, vamos al almacén. ¿No ha reclamado nadie el fiambre?

—Nadie.

El «almacén» es el lugar donde se guardan, hasta que son reclamadas por el juzgado, las piezas de identificación, las prendas personales, los objetos pertenecientes a los que mueren de manera violenta. Como es lógico, la mayor parte de esos objetos sólo tienen interés para los familiares del pájaro, y ese autoriza su devolución inmediatamente o al cabo de muy poco tiempo.

El funcionario fue sacando cosas.

—Prendas personales: camiseta, calzoncillos, calcetines; todo muy usado. Una corbata gris, un...

—No, eso no interesa.

—Veamos los otros objetos: un encendedor marca «Ronson» modelo antiguo. Una cartera vieja. Veinte dólares. Un reloj de acero. Un paquete de cigarrillos.

Los objetos iban siendo sacados de una bolsa y depositados ante mis ojos. Tuve como una sacudida al ver lo último que habían puesto allí: El paquete de cigarrillos marca «Old Gold».

Los sostuve entre mis dedos. Trullock me miró.

—¿Qué pasa?

—Él fumaba otra marca.

—¿Y qué? Puede haber cambiado. ¿O es que existe alguna ley que lo prohíba?

—El fumaba cigarrillos «Lark». Los obtenía más baratos porque se los facilitaba un almacenista. Unos centavos tan solo. Pero eso bastaba para que no cambiara de marca.

Trullock se encogió de hombros.

—Vete al cuerno, muchacho. Soy cariñoso, ¿eh?

—¿No ha reclamado nadie el cuerpo?

—Nadie.

—¿Ni su mujer?

—Se divorciaron hace un año.

Parpadeé. De modo que lo ocurrido con su esposo no había motivado el suicidio... ¿Entonces qué? ¿Una cuestión de dinero?

Se lo pregunté a Trullock.

—Nada de eso, muchacho. Estaba forrado, el tío.

—Pero ¿tenían malas perspectivas sus negocios? Evans era de los que se desesperan por un níquel.

—Iban viento en popa.

Aparentemente la cosa no tenía sentido, de modo que decidí

olvidar aquello. No me afectaba. Sólo aquel paquete de cigarrillos... Pero ¿por qué había cambiado Evans? ¿Por qué diablos cambié yo también aquella noche?

No me había vuelto a ocurrir más. Ahora seguía fumando «Camel». El «Old Gold» me gustaba igualmente pero el hombre es en eso un animal de costumbres. ¿Por qué aquella noche fue distinto? ¿Por qué le sucedió lo mismo a Evans?

Trullock y yo salimos de la Morgue. No sabía por qué, me sentía preocupado y triste.

—¿Desde dónde se lanzó?

—Desde la ventana de un hotel.

—¿Cuál?

—El «Simpson», en la Calle Ocho.

La Calle Ocho... ¿Qué recuerdos tan extraños me traía aquello en el anochecer de Nueva York? ¿Qué significaba para mí la Calle Ocho?

Fui hacia allí. El río estaba cargado de niebla. Sus jirones flotaban fantasmales por las calles de la parte baja de Manhattan, se enroscaban en las esquinas. Era una visión extraña y sin sentido. Pocas veces había visto Nueva York así, convertida en una ciudad de fantasmas.

Yo no recordaba el nombre del hotel donde estuve aquella noche, pero al llegar a la Calle Ocho se aclararon las imágenes en mi cerebro. Vi el hotel en el centro de una serie de edificios más modernos y completamente a oscuras a aquella hora, porque se dedicaban a oficinas. Un modesto anuncio de neón proclamaba: «Hotel Simpson». Era aquél el sitio donde yo pasé mi extraña noche.

Entré en él.

Un viejo conserje de aspecto teutónico leía un diario de la noche. Alzó la cabeza al verme, y tuve la sensación de que me reconocía. Meneó su cuadrada cabeza.

—Hola, señor Prince.

—¿Me conoce?

—Fue cliente nuestro hace unas noches. Venía un poco bebido, ¿eh? Pero resultó un buen chico. No rompió nada.

—Dormí como un tronco.

—¿Qué quiere? ¿La misma habitación?

—¿Cuál tuve? No lo recuerdo.

—La 102. Y está libre.

—Muy bien, démela. Éste es un hotel muy tranquilo, ¿sabe? Necesito dormir en paz una noche. Desde mi apartamento se oyen continuamente las sirenas de West River.

Me tendió una llave.

—Que descanse.

—Oiga...

—¿Algo más, señor Prince?

—Ocurrió una desgracia aquí, ¿no?

—Oh, si... Todos los hoteles de Nueva York acaban pasando por un mal trago así. Un individuo que no habíamos visto nunca, que pasaba aquí su primera noche se lanzó por una ventana.

—No sería desde la habitación que ahora ocupo, ¿eh?

—No, señor Prince. Fue desde la 202. Un tipejo curioso aquél. Me envió a buscar cigarrillos. Y nada menos que a medianoche. Después de haberse dormido.

—¿Despertó y pidió tabaco?

—Sí. Quería cigarrillos de una marca determinada. «Old Gold», si no recuerdo mal. Casualmente no la teníamos en la máquina del hotel, de modo que la saqué de la máquina de un bar que aún continuaba abierto.

—¿Estaba bebido Evans?

—Quizá un poco... Bueno, nada de importancia.

—¿Y despierto?

El de la cabeza cuadrada me miró como si no me entendiera.

—¿Qué quiere decir, señor Prince?

—Que si estaba bien despierto cuando le pidió aquello.

—Diablos si hablaba conmigo, ¿cómo iba a estar? ¡Naturalmente que estaba despierto!

—Es natural... Perdone, amigo.

Subí a la habitación que ya había ocupado la otra vez. Todo estaba igual que aquella noche; era posible que nadie más hubiera ocupado la pieza desde entonces.

Me asomé a la ventana.

Siete pisos.

Evans se había lanzado desde una altura de ocho, es decir desde la ventana que estaba justamente encima de la mía. Los hoteles suelen añadir un centenar al número de la habitación, por cada piso

que se sube. Así por ejemplo la 102 es la segunda habitación del primer piso, y la 702 la segunda del séptimo. Sólo que en el «Simpson» actuaba al revés, y los números más bajos correspondían a las habitaciones más altas.

Miré hacia arriba, hacia la ventana desde la que se había lanzado Evans al vacío, a las fronteras del Más Allá.

Nada especial. Una ventana como tantas otras. Si algún cristal se rompió, había sido cambiado ya.

¿Qué debió sugerir a Evans aquel loco pensamiento? ¿Por qué buscó la muerte?

Miré las casas silenciosas del otro lado de la calle, las ventanas mudas. No había allí nada que hubiese podido asustar a Evans. Casas vacías, ventanas silenciosas como todas las de Manhattan después de las seis de la tarde. Quietud.

Andamiajes metálicos en la casa frontera; andamiajes sin forma ni sentido. Pero eso no da miedo a nadie Tampoco podía haber entrado alguna persona por la ventana. Éstas se hallaban muy distanciadas unas de otras, y la altura era excesiva. Sólo podía haber sido... Me estremecí un momento. ¿Por qué había soñado yo con Benton? ¿Benton, el asesino que entraba en la habitación y luego se perdía por los aires?

Pero yo no estaba entonces dormido, puesto que hice algunas cosas habituales y mecánicas, como guardar bien el lápiz en mi agenda. Entonces, ¿qué sentido tenía todo aquello?

De pronto sonó el teléfono.

Era el único lujo de la habitación. Lo descolgué y escuché la voz del conserje de noche.

—Señor Prince...

—¿Qué hay, amigo?

—Se me ha ocurrido pensar que usted tiene mucho interés en lo del señor Evans.

—Un poco. Fue cliente mío.

—Recuerdo algo que sucedió aquella noche, señor Prince.

—¿Qué fue? —Sin que pudiera evitarlo, me temblaba tontamente de ansiedad la mano.

—Le llamó una mujer.

—¿Una mujer? ¿Quién?

—No lo sé. Sólo le llamó para decirle que vendría enseguida. Él

afirmó que la esperaba. Pero poco después estaba muerto.

Inspiré aire con fuerza.

—Eso convierte su muerte en algo sin sentido. Si esperaba a una mujer, ¿por qué se mató? ¿Y llegó ella al fin?

—No, señor Prince.

—¿Ha dicho eso a la policía?

—No. Lo he recordado ahora. ¿Tiene alguna importancia? Podría llamar al que llevaba la investigación. Me dejó su teléfono por si acaso.

—Era el teniente Trullock. Deje, no haga nada. Yo mismo hablaré con él más adelante.

—De acuerdo, señor Prince.

—Gracias —suspiré—. Tendrá una buena propina, amigo.

No estaba tan mal de fondos últimamente. Podía permitirme aquel lujo.

Me tendí en la cama vestido y crucé las manos bajo la nuca.

De modo que una mujer... Alguien a quien Evans no se había atrevido a esperar. ¿Tal vez su esposa...?

No, no podía ser ella. Pero ¿entonces quién? Evans no tenía lós de faldas. Y además era incapaz de gastarse dos dólares en invitar a una mujer a un aperitivo.

Pensando en todo eso, y sin darme cuenta, me fui quedando dormido. Y la verdad fue que esa noche dormí como un lirón. No soñé absolutamente nada.

CAPÍTULO III

Mi suerte había cambiado un poco. Durante los próximos días, tuve bastante trabajo a causa de unos informes comerciales. Prácticamente no me quedó un momento libre.

Pensé ir a ver a Trullock para hablarle de la misteriosa mujer que había telefoneado a Evans antes de que éste muriera, pero no pude hacerlo hasta el sábado siguiente. Y entonces resultó que Trullock se había ido a pasar fuera el fin de semana.

Yo no podía permitirme esos lujos, de modo que me metí en la biblioteca pública aquel sábado a última hora. Quería leer todo lo que los periódicos habían publicado sobre la muerte de Evans.

No era gran cosa. Grandes titulares y noticias cortas. Ningún detalle que me pudiera servir realmente, que llamase la atención... excepto uno. Lo descubrí en el último momento, cuando ya iba a abandonar la tarea.

«... Evans sólo había aparecido en los periódicos una vez. Fue al declarar como testigo contra Benton...»

Cerré el volumen donde estaban encuadrados los periódicos. De modo que Evans fue testigo de cargo contra Benton, el asesino fugitivo... El individuo con el cual soñé aquella noche. El mismo a quien había visto flotar por los aires y entrar por las ventanas.

Todo eso no tenía sentido, pero había dos nexos de unión entre Evans y yo: ambos habíamos estado en el mismo hotel, y ambos tuvimos algo que ver con Benton, aunque lo mío ocurriera en sueños.

Solicité entonces los periódicos que habían hablado del proceso. Busqué en ellos las declaraciones de los testigos.

Se producía una circunstancia curiosa; nadie había declarado en favor de Benton. Todo el mundo lo había hecho en contra. Los

testigos, pues, eran todos testigos de cargo, testigos del fiscal.

Anoté sus nombres:

JEREMIAS EVANS

ANTHONY BELL

SILVIA CARLTON

GRETA UNSER

DOC SANDERS

Después de la muerte de Benton, quedaban dos hombres y dos mujeres. ¿Existía alguna relación entre ellos, fuera del hecho de haber declarado contra Benton? ¿Estaban también condenados a morir?

Lo más probable era que no, y que no hubiese entre ellos ya la menor relación. Pero de todos modos me creí en el deber de comprobarlo. Confieso que no lo hice por dignidad profesional, sino solamente porque estaba intranquilo. En mi mente se había producido algo muy extraño después de dormir en aquel hotel. Y aunque la mente humana tiene cosas muy extrañas, casi incomprensibles, lo cierto es que detrás de cada una de ellas existe un rayo de luz, algo que las justifica.

Encontrar ese rayo de luz era lo que yo quería.

Y por eso decidí visitar uno por uno a todos los que habían declarado contra Benton.

Empezando por la primera de las mujeres, claro. Por Silvia Carlton.

Y es que si uno tiene que meterse en un lío, más vale hacerlo en buena compañía.

El anuncio destacaba en letras luminosas en la noche fría de Nueva York: «Prendas femeninas Carlton».

Y las prendas femeninas que se vendían allí no eran precisamente unos tejanos para hacer excursiones, sino ropa íntima para quedarse en casa.

Quizá el amigo lector no sepa que las mujeres americanas son la mar de extrañas. Bueno, extrañas lo son todas un poco, pero las americanas del norte lo son en otro sentido.

En la calle resultan mujeres odiosamente prácticas. Usan una especie de fajas-pantalón que destrozan cualquier silueta, y cuya única virtud, supongo, consiste en la facilidad de movimientos que otorgan a sus usuarias. Éstas pueden subir a un autobús en marcha sin que se les vea nada, y pueden propinar un puntapié al prójimo sin ofrecerla, al menos, la compensación de una pierna bien hecha.

En cambio, junto a estos artilugios horribles, las tiendas especializadas venden otra clase de prendas que sólo sirven para quedarse en casa. Ligueros de fantasía, medias de todas clases y colores, mallas que cubren todo el cuerpo femenino y lo velan misteriosamente, saltos de cama de suave transparencia y otros inventos que marean más que un viaje en barca por el mar del Norte. Es de suponer que las *misses* norteamericanas pierden en casa gran parte de su sentido práctico.

Bueno, pues la tienda de Silvia Carlton se dedicaba a eso.

Había tres dependientes en ella, y las tres me miraron con curiosidad cuando entré. Pero yo sólo me fijé en la dueña, en la que debía ser Silvia Carlton.

Era la única que no llevaba un ceñido y bonito uniforme, como sus dependientas. La única que usaba unas extrañas gafas de color miel. La única que, por lo visto, tenía acceso a la caja del establecimiento. Me dirigí a ella.

—¿Es usted la señorita Carlton?

—Sí. ¿Qué desea? ¿Comprar a su señora un conjunto para aumentar la población de los Estados Unidos?

—Quisiera hablar con usted.

—¿De qué?

—Soy amigo de Evans.

Aquel nombre no pareció decirle gran cosa. Me miró con curiosidad.

—¿Es algún asunto privado?

—Sí. Muy confidencial.

—Está bien. Entonces pase a mi despacho.

Me precedió por un pasillo bien iluminado. La pájara no tenía más allá de veinticinco años, seguro. Movía las caderas como una diosa. Sobre sus zapatos de alto tacón, su cuerpo parecía estar en un pedestal. Pensé que si usaba ropa interior de la que había en el escaparate, más me valía echar a correr enseguida.

Tenía un despacho muy femenino, tapizado de seda rosa. Se medio tendió en un diván, mientras me indicaba a mí un asiento cercano.

No puso el menor cuidado al tenderse. Y, desde luego, usaba ropa interior de la de quedarse en casa. Tenía la piel tersa y fina de una jovencita.

—¿Quieres beber algo? —me preguntó.

—Un poco de *whisky*.

—Tú mismo.

Me señalaba una mesa donde había una bandeja de plata, vasos y toda clase de botellas. Serví dos generosas raciones de *whisky* y tendí uno de los vasos a Sil vía.

Ella cambió un poco de postura, haciendo aún más audaz la exhibición de sus piernas.

—Dame un cigarrillo —pidió.

Me señalaba un paquete que estaba sobre otra mesa. Lo tenía a su alcance, pero al parecer le gustaba que le sirvieran. Que la sirvieran en todo, hasta en sus más íntimos caprichos.

Le ofrecí uno de sus cigarrillos. Eran «Pall Mall».

—¿Siempre fumas éstos? —musitó.

—Siempre. ¿Por qué?

—Por nada. Era una tontería.

—Debieras haberme preguntado otras cosas. Por ejemplo, qué clase de hombres me gustan.

—¿Y qué clase de hombres te gustan?

Me miró con expresión pensativa y estudiadamente cínica. Entendía de hombres, la maldita. Pese a su aspecto juvenil, era cualquier cosa menos una niña.

—Tú no estás mal —susurró—. Claro que los hay mejores.

Se levantó perezosamente y me echó los brazos al cuello. Al principio parecía una gata, pero pronto se transformó en una tigresa. Si Marjorie llega a ver aquello, me arranca la piel a tiras.

Bueno, de todos modos no sucedió gran cosa. Silvia se limitó a comprobar si yo besaba bien.

Luego volvió a tenderse en el diván.

—Has tenido la suerte de llegar en un momento de poca venta —suspiró—. Yo no hacía nada ahí fuera. ¿Cómo te llamas?

—Richard.

—No serás de esos malditos ayudantes del fiscal que de vez en cuando aún se dejan caer por aquí... Todos preguntan lo mismo: Si he vuelto a ver a Benton.

—No, no soy ayudante del fiscal, pero quería hablarte de Benton precisamente. O, mejor dicho, de alguien que tuvo bastante que ver con él: De Evans.

—Me has dicho que eres amigo suyo, ¿no?

—Lo era.

—¿Es que... ha muerto?

La situación no parecía hacerle ninguna gracia. Palideció intensamente, y yo hubiera jurado que sus manos temblaban un momento.

—Murió hace muy poco. Según la policía, se suicidó arrojándose por una ventana. Yo también lo creo.

—¿Tienes algo que ver con la policía? —me preguntó duramente.

—No. Sólo soy investigador privado.

—¿Y qué buscas?

—Ante todo he de decirte que no trabajo por cuenta de nadie —aclaré—. Sólo estoy intrigado por la muerte de Evans. ¿Sabes si había recibido alguna amenaza por parte de Benton?

—¿A qué viene el que me preguntes eso?

—Vosotros fuisteis testigos de cargo contra ese asesino.

—Fuimos cinco los testigos —aclaró—, no sólo Evans y yo. Pero no nos habíamos visto nunca antes del juicio ni volvimos a vernos después. El lazo que nos unía se rompió. Por tanto ya puedes suponer que no he vuelto a tener noticias de Evans. ¿Se ha muerto?

Pues buen viaje.

Encendí uno de los «Pall Mall».

—Quisiera saber si Benton os amenazó de algún modo —dije—. Al fin y al cabo, vuestro testimonio fue decisivo para el veredicto de culpabilidad. ¿Prometió vengarse?

—Eso lo hacen todos.

—Pero él logró fugarse...

Silvia Carlton se desperezó, cabalgando audazmente una pierna sobre el respaldo del diván.

—No le tengo miedo —declaró—. Benton era un pobre tipejo, un asesino cobarde. Nunca intentará nada contra una mujer que esté

preparada, ¿sabes? Yo no soy una niña.

Mientras ella decía estas palabras, yo me encontré volando por los aires sin saber cómo.

Me había levantado un momento para servirme más *whisky*, y ella me sujetó por un tobillo. La llave de judo fue maestra. Al intentar sujetarme, no hice más que aumentar el impulso. Casi fui al otro lado de la estancia, quedando ruidosamente sentado en tierra.

Silvia se puso en pie, riendo. Intentó hacerme una nueva llave, para demostrarme que estaba preparada y que Benton nada podría contra ella, en el caso de presentarse allí.

Pero yo también aprendí judo hace tiempo. Dominó sus trucos bastante bien, sobre todo cuando el enemigo tiene las formas que tenía Silvia.

Lo que yo pretendía era que Silvia Carlton se confiase enteramente a mí, y si existía algún contacto entre ella y Benton me lo contase. Quería saber si había sido amenazada de algún modo por el asesino fugitivo. Quería saber también si Evans la visitó antes de morir. O si era ella la que le llamó por teléfono.

No tenía más remedio que llevarla al «Hotel Simpson» y estudiar sus reacciones. Podía ser un esfuerzo vano, pero necesitaba probarlo. Por eso concertamos una cita que hubiéramos podido llamar sentimental. Ella se dejó convencer para ir aquel hotel, aunque dijo que no era necesario. Después de todo, vivía sola...

Además, el hotel no le gustó.

Dijo que era humilde y poco acogedor. Que no entendía el porqué de mi interés. Pero entramos.

El conserje de la cabeza cuadrada estaba en su puesto. Me miró parpadeando.

—Hola, señor Prince. Veo que ha tenido suerte.

—¿Es que has estado otras veces aquí? —me preguntó con suspicacia Silvia.

—Sí, pero siempre solo. Este caballero es testigo.

Silvia se encogió de hombros.

—Si has perdido el tiempo con otras, peor para ti.

Pedí la habitación 202, la misma desde la cual Evans había tenido la mala idea de saltar al vacío. Silvia no se inmutó. No debía conocer aquel detalle.

Y la verdad fue que no ocurrió nada. Bueno, no ocurrió nada

que sirviera para adelantar en mis investiga clones. Dormí también como un lirón y creo que a Silvia le ocurrió lo mismo.

Cuando desperté, a la mañana siguiente, me había incluso olvidado de Evans, y también de mis extrañas sospechas. Ni aquel hotel significaba nada, ni había el menor misterio en él. Sería mejor que me dedicara a pensar en otra cosa.

CAPÍTULO IV

No volví a encontrarme con Silvia hasta dos días más tarde. Fue en un pequeño café de la Calle Cincuenta y Cuatro.

Había allí un equipo de alta fidelidad, y sonaba una lejana música. Silvia no era ya la mujer sensual que yo había conocido, sino que parecía pensativa y nostálgica. Fumaba lentamente, sin mirarme, escuchando la música. Diríase que ninguno de los dos sabíamos de qué hablar.

Iba ya por su segundo *whisky* cuando susurró:

—Se me han terminado los cigarrillos.

—Yo sólo llevo hoy tabaco de pipa. Te compraré otros.

—Gracias.

Manejé la máquina automática que estaba a un lado de la barra y volví con un paquete de «Pall Mall».

Silvia lo tomó en sus manos. Lo miró pensativamente, sin decidirse a abrirlo.

—¿Qué te ocurre? ¿No querías fumar?

—Esta vez pensaba decidirme por otra marca.

Tragué saliva penosamente.

—¿Cuál?

—«Old Gold».

No contesté en aquel momento. Volví a la máquina y extraje un paquete blanco de «Old Gold». Silvia lo abrió y puso uno de los cigarrillos entre sus pulposos labios.

—Es bueno —susurró exhalando una bocanada de humo—. Más fuerte que el «Pall Mall». Pero me gusta.

—Silvia —musité— quiero preguntarte una cosa que puede parecerte una tontería, pero debes contestarme con la máxima sinceridad. ¿Por qué has cambiado da marca?

—¿Tiene importancia?

—No, ninguna. Pero has debido tener un motivo para hacerlo.

—Preguntas eso como si tuviera una gran trascendencia. Incluso diría que estás asustado.

Lo estaba. No lo negué:

Todo aquello era tan sutil, tan impalpable que me helaba la sangre en las venas.

Silvia se encogió de hombros.

—Uno no reflexiona piara esas cosas. Obedecen al puro capricho. A veces se cambia simplemente por eso: por cambiar. O porque hace bonito. Las máquinas automáticas ofrecen tantas marcas que una se sugestionan. Y no piensa el porqué de su elección: es algo sin trascendencia.

—¿Alguien te ha hablado de esa otra marca?

—No, nadie.

—¿Algún anuncio?

—El «Old Gold» se anuncia poco. No, no recuerdo que me lo hayan recomendado en ninguna parte.

Estreché su mano.

—Silvia, ¿te importaría que volviésemos a aquel hotel?

—¿Y qué necesidad hay de eso?

—Un capricho.

—Eres un hombre extraño, Richard. Presentas cosas que no tienen sentido. Y te asustas por el hecho de que alguien prefiera una marca de cigarrillos a otra sin tener ningún motivo. Te enamoras de hoteles desagradables y fríos... En fin, iré.

Yo la miré fijamente a los ojos.

Recuerdo muy bien aquella noche. Recordaré toda mi vida aquella noche escalofriante.

La habitación era la 202, como la otra vez. Tenía un suave olor a cosa cerrada y hostil. Era posible que no hubiera sido ocupada desde que nosotros estuvimos allí unos días antes. El «Hotel Simpson» tenía pocos clientes. Estaba en mal sitio, y era de suponer que acabarían vendiéndolo para transformarlo en un bloque de oficinas.

Miré por la ventana y vi lo mismo que había visto otras veces. Las ventanas silenciosas, la calle vacía, los andamiajes sin sentido de la casa frontera y las pequeñas tiendas sin apenas clientes que

jalonaban la calzada. Era un buen sitio para descansar, para olvidar casi... Se tenía la sensación de estar muy lejos de una gran ciudad. Sólo de tarde en tarde llegaba algún aullido de sirena hasta allí, procedente de los grandes trasatlánticos que enfilaban la bahía después de pasar bajo la audaz línea del Puente Varrazzano.

Cuando la noche se abatió del todo sobre Nueva York, lo mismo Silvia que yo dormíamos pesadamente. Iba a ser como la otra noche; no ocurriría nada. De pronto tuve otra vez aquella sensación incomprensible. La sensación de que veía a Benton.

El entraba y salía por la ventana, como la otra vez. Incomprensible, porque yo había bajado la hoja de guillotina, a causa del aire frío que llegaba de la bahía. Una sensación de frío iba y venía por mi espalda. No podía moverme. Algo me ahogaba.

Benton siempre hacía los mismos movimientos. No veía su cuerpo, sino su rostro. Primero se acercaba lentamente; parecía como si fuera a tocarme. Luego se iba con la misma lentitud. Todos sus movimientos tenían una especie de ritmo.

Era como un muñeco mecánico que sólo tuviera cabeza.

Yo intentaba alcanzarlo, pero no podía. Benton estaba en el aire, en todas partes, pero al mismo tiempo no estaba en ninguna. La sensación de irrealidad que me dominaba era casi angustiosa.

No veía a Silvia.

Yo me decía cien veces que sólo había venido allí no porque la amase, sino porque quería averiguar lo ocurrido. Mentalmente pedía perdón a Marjorie. De repente todos mis pensamientos se disipaban, porque la imagen de Benton volvía a acercarse. Iba y venía, flotaba en el aire, se movía como un puro espíritu.

Yo no me tengo por un cobarde. No me tengo tampoco por un hombre que crea en las pesadillas sin más ni más.

Aquella noche había bebido algo, pero no mucho. Unas copas de *brandy* encargadas al conserje del hotel. No estaba borracho, y sin embargo tenía la sensación de flotar en el aire. Yo también me acercaba a la ventana, como la imagen de Benton. Yo también iba y venía...

Fue entonces cuando oí aquel alarido espantoso, inhumano, aquel alarido que iba rasgando el aire.

El alarido de Silvia.

CAPÍTULO V

Trullock me dio unas bofetadas. Pegaba fuerte, el maldito. Sólo quería despabilarme, pero sentí el dolor en toda la cara.

—Vamos, vamos, despierta... ¿Es que quieres que te llevemos a la silla eléctrica sin haber recobrado el conocimiento?

Trullock siempre ha sido muy cariñoso. Aquellas alentadoras palabras consiguieron hacerme reaccionar.

Al abrir los ojos vi que estaba en la misma habitación del hotel. Me habían tendido en el lecho, y una luz difusa flotaba sobre mi cabeza. Por lo visto, había empezado a amanecer. Sonaban sordos rumores en la calle, donde parecía haberse concentrado una buena cantidad de gente.

Trullock estaba inclinado sobre mí. Tenía mirada de buitre.

—¿Qué ocurre? —balbucí.

—Eso tienes que explicarlo tú.

—Yo... yo no sé apenas nada. ¿Dónde está Silvia?

—¿Silvia? ¿La mujer que estaba contigo?

—Sí...

—Se ha lanzado o *la han lanzado* por la ventana, pichón. Se ha hecho harina.

No recuerdo exactamente lo que pensé en aquel momento. Sólo puedo decir que la luz difusa del amanecer se borró de mis ojos. Y que otra vez perdí la noción del mundo que me rodeaba, mientras Trullock lanzaba imprecaciones en voz alta.

El despacho del teniente en la Brigada de Homicidios. Todas las ventanas cerradas y un ambiente espeso en el interior, como si fuera de noche. Unos poderosos focos concentraban la luz sobre mi cuerpo.

Yo estaba tal como debían haberme encontrado en la habitación: con pantalón, camisa y descalzo. Bueno, ésa fue la primera sensación que tuve. También me pareció que me habían dado de beber algo fuerte, porque me abrasaba la garganta.

Trullock estaba junto a uno de aquellos focos. Seguía mirándome.

—Vamos a ver, Richard... Habías visitado ese hotel dos veces con Silvia Carlton. ¿Por qué no la mataste hasta la segunda vez? ¿Por qué no liquidaste el asunto a la primera?

—Eres muy listo. Trullock... Das vueltas a la pregunta, ¿eh? Pero yo no la he matado. Ni me he dado cuenta de que moría.

—No ¿eh? Entonces, ¿quién lo ha hecho?

La garganta seguía quemándose. Supliqué:

—Denme un poco de agua...

Trullock accedió. Bebí con ansiedad, hasta sentirme mejor poco a poco.

—¿Quién la ha matado? —repitió el teniente.

—Benton...

Trullock lanzó una carcajada cruel y áspera.

—Menos tonterías, muchacho... Benton no ha aparecido por Nueva York. No pudo tampoco entrar en el hotel. El conserje asegura que no se descuidó un minuto, y además vuestra puerta estaba cerrada con llave por dentro. Hubimos de forzarla.

—Trullock... Debes creerme. ¡Ha sido él!

—¿Por dónde entró?

—Por la ventana.

Otra vez Trullock volvió a lanzar aquella carcajada áspera.

—Sí, ¿eh? ¿Volando?

—Entraba y salía.

—Muy bien, muchacho, muy bien... Un espíritu. Me fastidia que un hombre tan realista como tú sueñe de ese modo, Richard.

—Es posible que estuviera soñando. No lo niega Pero fue un sueño espantosamente real.

—A ver, explícalo. Puestos a escuchar tonterías, más vale que acabemos cuanto antes.

—Yo iba en mangas de camisa —suspiré—. Había quedado dormido sin desvestirme del todo. Me sentía muy pesado... Casi diría que la cabeza me daba vueltas.

—Explícalo todo con detalle —exigió Trullock—. De *pe* a *pa*.
¿Qué prendas te habías quitado?

—La americana, la corbata y los zapatos.

—¿Los zapatos?

—Pues... sí.

Trullock hizo crujir sus nudillos.

—Muchacho, aquí hay un error. Cuando nosotros hemos entrado, llevabas los zapatos puestos.

—No puede ser.

—¿No?

—Recuerdo perfectamente que me los quité. Lo recuerdo como si lo estuviese haciendo ahora.

—Los llevabas puestos —insistió Trullock—. Como los llevas ahora.

Miré mis pies, asombrado. En efecto, llevaba los zapatos puestos. No estaban abrochados, pero eso era lo de menos; Trullock tenía razón.

Y lo extraño era que yo recordaba perfectamente habérmelos quitado. Estaba tan seguro como de mi propio nombre.

—Me los habéis puesto vosotros —dije a Trullock.

—Nada de eso; te los pusiste tú. Pero no quiero insistir en un detalle que no tiene demasiada importancia. Lo único cierto es que no soñabas del modo que tú crees; también eras capaz de ponerte en pie, o al menos de sentarte en la cama, y de hacer algo.

Me pasé una mano por los ojos. Estaba muy cansado, pero poco a poco un rayo de luz iba entrando en mi cerebro. Y lo que veía no hacía sino inquietarme más y más.

—El detalle es importante, Trullock —susurré—. Si yo pude ver mis zapatos, también pude ver cómo mataban a Silvia.

—Eso es lo que quiero que me expliques. ¿Qué sucedió?

—Sólo puedo decirte lo que recuerdo; lo otro es como si no hubiera existido jamás. Me daba cuenta confusamente de que entraba y salía por la ventana *como la otra noche*.

—¿Qué otra noche?

—La primera que estuve en el hotel. También vi lo mismo. Entraba y salía por la ventana. Y esta noche pasada ocurrió exactamente cómo te digo. Yo tenía la sensación de que era una pesadilla, pero no lograba distinguir entre el sueño y la realidad. De

pronto oí aquel grito terrible y supe que Silvia acababa de morir.

—¿No llegaste a tocarla?

—No.

—¿Te das cuenta de tu situación Richard? Tú eres la única persona que estaba junto a ella; la única que puede ser acusada de asesinato en primer grado, si esto sigue adelante.

—¿Cómo iba a matar a Silvia de un modo tan estúpido, dejando detrás mío una tal cantidad de huellas?

—Reconozco que no es el crimen perfecto, pero puedes estar loco. O ser más idiota de lo que tú mismo crees.

Alcé las manos con desesperación.

—¡Por favor, Trullock!

—Dime qué relación te unía con esa chica.

—Hubo dos clases de relaciones —confesé francamente—. Lo que me llevó a Silvia fue el hecho de que hubiera sido uno de los testigos de cargo contra Benton. Evans también fue uno de ellos, y había muerto. Quería saber por qué, y tal vez Silvia pudiera decírmelo. Eso fue lo que me llevó a ella. El segundo lazo que nos unió fue mucho más complicado o más sencillo, según cómo se mire. Silvia era una mujer muy bonita y muy apasionada. Yo... yo lamento mil veces lo que ocurrió, Trullock. Lamento mil veces haber estado a su lado y no saber defenderla.

Trullock suspiró, desalentado.

—Lo terrible —dijo—, es que hay muchas coincidencias que en cierto modo te dan la razón. Ésa es la misma habitación desde la que Evans saltó al vacío.

—Lo sabía. Pero hay algo más, Trullock. Silvia y yo la habíamos ocupado ya otra vez antes. Y no sucedió nada, absolutamente nada. Por eso lo comprendo aún menos.

—¿La ventana estaba cerrada?

—Sí. Recuerdo perfectamente que la cerré yo mismo porque hacía un poco de frío.

—Naturalmente, cuando nosotros llegamos, estaba abierta —farfulló Trullock—. Nos avisó el conserje. Yo estaba de servicio, y salté enseguida al oír mencionar el hotel «Simpson». Hemos medido la altura de la barandilla, ¿sabes? Es muy peligrosa. Sólo llega hasta las rodillas de una persona normal.

—¿Quieres decir que uno podría caerse dando un tropezón?

—Habría de ser un tropezón muy grande, pero cabe dentro de lo posible. Lo que es completamente absurdo es que a dos personas les ocurriera lo mismo, y además en idéntica habitación. Tiene que haber otra causa —de repente me apuntó con el dedo—. ¿Cuántas veces gritó Silvia? ¿Una sola vez?

—No; varias.

—O sea que gritó también antes de caer al vacío... Debió haber visto algo, algo que la horrorizó.

Apreté los puños uno contra el otro. Sabía que aquello era absurdo, pero tuve que decirlo.

—Había visto a Benton. Como yo.

—¿Entrando y saliendo por la ventana?

—Eso es.

Trullock se encogió de hombros. Luego me miró fijamente, mientras se pasaba una mano por la mandíbula.

—Supongo que el camino fácil consistiría en entregarte al fiscal del distrito —gruñó—, con las pruebas que tengo contra ti. Pero esas pruebas sólo consisten en el hecho de que estuvieras con Silvia cuando murió. Por lo demás, nada indica que quisieras matarla, y en su cuerpo no había señales de lucha ni de violencia; sólo los destrozos que en ella causó la caída. Imagino que, sin más pruebas que éstas para la acusación, saldrías bien librado. El jurado acabaría admitiendo la tesis del suicidio.

—¿Qué vas a hacer entonces, Trullock?

—Voy a creerte; es absurdo, pero lo haré. Trataré de imaginar que, efectivamente, Benton entra y sale por aquella ventana... ¡Trataré de imaginar lo que sea! Necesito algún tiempo para serenar mis ideas y para efectuar algunas investigaciones complementarias. Mientras tanto, diré en mi informe que creemos en un suicidio, pero que estamos interrogando a un sospechoso.

—¿Vas a dejarme libre?

—Sí. Te dejaré libre, Richard, pero lo mismo tú que yo tenemos muy poco tiempo. El fiscal del distrito pronto empezará a pedirme que le de detalles acerca de ese sospechoso, y entonces no me quedará más remedio que echarte el guante y entregarte. Puede que tus declaraciones me comprometan, pero ése será un mal menor. Mientras tanto tú y yo hemos de averiguar algo, cada uno por su lado. Esto ha de tener una explicación lógica, y hemos de

encontrarla antes de una semana.

Yo sabía bien lo que Trullock deseaba; dejándome libre de momento, se aseguraba mi colaboración para tratar de averiguar algo y si resultaba que yo era culpable, me daría cuerda para que me ahorcase.

De un modo u otro, el trato me convenía. Yo estaba tan intrigado por aquel asunto que pensaba ya en cualquier cosa antes que en mí mismo. Si tenía una semana por delante, quizá aquel misterioso panorama podría cambiar.

Trullock apartó los focos y me indicó una puerta.

—Ahí está el cuarto de aseo; hemos metido dentro tus ropas, todas las que tenías en la habitación. Date una ducha fría, vístete y sal de aquí. Y procura ser buen chico.

Me puse en pie penosamente.

—Gracias, Trullock; me será difícil olvidar esto.

—No me agradezcas nada aún. Puede que dentro de muy poco yo figure como testigo de la acusación en tu proceso. Y ahora largo de aquí. Procura pensar y dar vueltas a tus pesadillas, a ver si consigues ves alguna cosa clara.

No necesitaba prometerle que daría vueltas a mis pesadillas una y cien veces.

¡Sabía que no lograría olvidarlas nunca!

Por eso, cuando salí de allí, parecía un borracho. Comprendía que necesitaba ver a Marjorie, pero no me atreví.

Además, estaba avergonzado de mí mismo.

Ante los ojos, bajo el cono de luz de la lámpara que alumbraba una parte de la mesa de mi despacho, había puesto el papel. En éste figuraban sólo unos nombres.

ANTHONY BELL
GRETA UNSER
DOC SANDERS

De los cinco nombres que en principio figuraban en la lista, habían sido eliminados dos. Jeremías Evans y Silvia Carlton habían saltado ambos al vacío por la misma ventana de la misma habitación. Sólo quedaban tres personas de las cinco que habían

servido como testigos del fiscal en el proceso de Benton.

¿Debía pensar en una refinada venganza de éste? ¿O en algo mucho más extraño, que rozara ya lo sobrenatural?

No quería ni pensar en eso.

Después de vagar por todas partes, había vuelto a mi despacho ya por la noche. Marjorie no estaba allí. Encontré una nota recomendándome calma y un poco de café hecho.

Había también unos cuantos periódicos de la jornada. Todos daban la noticia de la muerte de Silvia, pero como si se tratara de un suicidio. Ésa era, por lo visto, la versión que Trullock había ido repartiendo por todas partes. No se mencionaba tampoco que Silvia estuviese acompañada en el momento de morir, pero sí decía que la policía estaba interrogando a un sospechoso.

De momento todo tenía una apariencia muy vulgar. Lo que necesitábamos Trullock y yo para seguir investigando.

Tampoco había ocurrido aún lo que sin duda ocurriría más tarde. Ningún reportero se había dado cuenta de la coincidencia: dos personas se habían lanzado por la misma ventana con muy pocas fechas de diferencia. En Nueva York, por desgracia, muchas personas pierden la vida diariamente, y algunas lo hacen por su propia voluntad. Si no son personas conocidas, los periódicos se contentan con la nota que facilita la policía.

Sería imposible dar de cada una de esas muertes una información detallada.

Pero pronto, en alguna de las Redacciones de Nueva York, ligarían cabos. Y entonces aquella noticia más o menos vulgar se transformaría en una de las informaciones más espectaculares del año.

Necesitaba averiguar algo antes de que eso ocurriese, porque sería imposible adelantar un paso con docenas de reporteros revolviéndolo todo y sitiando el hotel como si éste fuese una plaza fuerte.

Decidí volver allí. Era, en realidad, el único sitio donde podía encontrar la sombra de una pista.

Junto a la taza del café había otra notita de Marjorie:

«¿Cuándo nos casamos, cariño? ¿O prefieres pagarme los atrasos que me debes?».

Me sentí otra vez avergonzado. La mano derecha me temblaba cuando levanté aquella taza.

Necesitaba entrar de nuevo en el hotel sin llamar la atención, porque ahora el conserje de la cabeza cuadrada no me admitiría. Llamaría a la poli apenas me viese.

Me situé entonces en un portal, cerca de la entrada, en la calle solitaria y tranquila, bajo las sombras de la noche, observé las costumbres del establecimiento. Éste no tenía garaje propio, lo que hubiera facilitado mi entrada. Tampoco tenía más puerta que la que llevaba directamente al conserje de la cabeza cuadrada.

Posiblemente algún polizone vigilaba también el hotel, pero la verdad fue que no supe verlo. Vi, en cambio, algo que me facilitó las cosas.

Un camión del servicio de limpieza recogió los desperdicios del hotel por la noche. Una trampa metálica que había en el suelo bajaba poco a poco, alguien colocaba dos grandes cubos de desperdicios en la plataforma y ésta volvía a subir hasta el nivel de la calle. Los de la limpieza recogían los cubos, los vaciaban y volvían a dejarlos sobre la plataforma. Ésta descendía luego, y en el sótano del hotel recogían los cubos otra vez, alzando definitivamente la plataforma hasta el día siguiente.

Yo vi la primera fase de la operación, pero no esperé a ver la segunda.

Había llegado mi oportunidad.

Apenas los empleados dejaron sobre la trampa de metal los dos grandes recipientes vacíos, yo corrí a situarme entre ellos. No me vieron porque ya habían vuelto a subir a la cabina. Y nadie pasaba tampoco en aquel momento por la apacible calle.

La plataforma empezó a descender.

Yo me acurruqué entre los dos grandes cubos. Si el empleado de abajo estaba atento, me vería. Pero podía confiar en que, haciendo una faena tan rutinaria se distrajese.

Tuve suerte.

El empleado del hotel encendía un cigarrillo en aquel momento. Ni siquiera miró la plataforma con los dos cubos cuando ésta se detuvo. El espectáculo era demasiado aburrido para él.

Salté silenciosamente a tierra antes de que el empleado se volviera. Éste dio una chupada a su cigarrillo, sacó los cubos y

movió la palanca que hacía subir la plataforma metálica y encajarla en su sitio.

Sólo una lejana bombilla alumbraba el recinto, de modo que no me vio. Dio media vuelta, apagó aquella única luz y salió dando un portazo.

Yo aguardé unos instantes todavía.

Al acostumbrar mis ojos a la oscuridad, vi que estaba en un sótano muy espacioso, donde había varias bombillas, de las cuales el empleado sólo tenía una encendida cuando yo bajé. Las calderas de la calefacción ocupaban todo un lado del sótano. Parecían funcionar a medio gas, y enviaban al ambiente un resplandor lívido. También había montañas de carbón, cajas vacías y los mil cachivaches medio inútiles que se van amontonando en un hotel de poco movimiento.

Periódicamente debía entrar alguien a revisar las calderas, de modo que no me convenía quedarme quieto allí. Una vez seguro de mi soledad, encendí un par de bombillas y lo revisé todo con calma. Nada me llamó la atención de una manera especial.

En una estantería había algo aparentemente absurdo: varios capullos de gusanos de seda. Lo noté al rozarlos cuando uno de ellos quedó casi adherido a mi americana. Quizá alguien en el hotel tenía afición a criar aquella clase de gusanos. ¿Tal vez el conserje de la cabeza cuadrada? Un hombre que debe estarse quieto tantas horas, se distrae con las cosas más insignificantes.

De todos modos aquello tenía muy poca importancia.

Decidí seguir.

La puerta daba a una escalera de servicio, muy mal iluminada. Subí por ella cautelosamente y llegué al primer piso. Me di cuenta de que, teóricamente, podía llegar hasta el último piso del hotel sin pasar por delante del conserje.

Seguí ascendiendo.

Al llegar al octavo piso, abrí la puerta que había en el descansillo. Daba a un pasillo que yo había llegado a conocer bien. Allí estaba la habitación 202.

Un silencio absoluto flotaba en el ambiente.

La habitación tenía la llave puesta en la puerta. La policía no la había precintado. De todos modos era evidente que sólo alquilarían aquella pieza en casos muy especiales.

Quizá los de la Metropolitana aún estaban haciendo investigaciones en ella.

Hice girar la llave poco a poco.

La habitación estaba vacía, pero no me había equivocado en lo de las investigaciones. Todo aparecía revuelto aún. Las paredes habían sido golpeadas por si alguna de ellas ocultaba una puerta secreta. Los muebles habían sido analizados de arriba abajo. La instalación eléctrica desmontada, por si ocultaba algún sistema de señales.

También el suelo debía haber sido fotografiado cien veces.

Hay huellas de pisadas que escapan a la percepción del ojo humano, pero que en cambio son captadas por una cámara ultrasensible.

También los de la Metropolitana se habían llevado las ropas, para hacerlas analizar en el laboratorio.

Trullock no quería descuidar ningún detalle técnico. Pero yo estaba seguro de que no descubriría nada por aquel lado.

Lo ocurrido era algo mucho más sutil, mucho más misterioso e impalpable.

Algo que tenía relación con los espíritus, no con las huellas.

Traté de ver aquella habitación como si no hubiese estado nunca en ella. Como si fuese un extraño.

Pretendía que así sus detalles se me quedaran grabados con más fidelidad, sin ninguna clase de prejuicios.

La cama de matrimonio estaba a la izquierda. Había una mesita a cada lado, y sobre cada mesita una pequeña lámpara. Otra lámpara central colgaba del techo. Un armario ocupaba la parte derecha de la habitación, y ya no quedaba más muebles que una pequeña mesita y dos butacas.

Ningún misterio. Centenares de hoteles tienen la misma disposición y los mismos muebles.

Había dos alfombras o, mejor dicho, una alfombra y una alfombrilla. La alfombra grande estaba a los pies de la cama; la alfombrilla se encontraba junto a la única ventana. Era pequeña y gruesa.

Todo aquello lo recordaba perfectamente.

Ningún objeto estaba exactamente en su sitio, a causa de las idas y venidas de la policía. Lo mismo ocurría en el cuarto de baño.

Éste era pequeño, y recordaba a otros millones y millones de cuartos similares. Su sistema de ventilación era interior. Aquí sí que los policías se habían esmerado, desmontando incluso los grifos. El espejo estate vuelto al revés. El fondo de la bañera, raspado para analizar los posibles residuos invisibles que pudiera haber allí.

Lo miré todo con detalle, intentando encontrar algo que la policía no hubiera visto aún. Pero Trullock y sus hombres no eran tontos. Hasta las más insignificantes investigaciones habían sido tenidas en cuenta.

Y, sin embargo, yo estaba convencido de que la solución tenía que estar allí.

Tenía que ser *algo que se viese*.

Y yo lo había visto...

Pero ¿qué era? ¿En qué consistía la anormalidad?

Por un momento me dominó otra vez aquella oscura sensación de vértigo. Me pareció que todo daba vueltas en torno mío.

¿Por qué un hombre y una mujer se habían acercado a la ventana? ¿Y por qué habían caído?

Yo no podía creer en un doble suicidio. Ni en el caso de Evans, que amaba por encima de todo los bienes materiales de este mundo y al que los negocios iban viento en popa, ni menos en el caso de Silvia Carlton, que era joven, guapa y estaba sana. No, ellos no se habían matado por su propia voluntad.

Pero entonces, ¿quién los había lanzado al vacío?

Yo recordaba los atestados de la policía en ambos casos. Las dos veces estaba yo en la habitación. Me encontraba absolutamente convencido de que no entró nadie.

Pero entonces... ¿quién? ¡Dios santos! ¿Quién?

Pensé que acabaría creyendo, por fuerza, en aquello del espíritu de Benton. Su rostro que entraba por la ventana y luego se retiraba, desapareciendo en el vacío.

No debía pensar más en aquello, pero...

De pronto me pareció que alguien más estaba allí. Había oído un leve chasquido en la puerta.

CAPÍTULO VI

Todo mi cuerpo se irguió. Contuve la respiración para no hacer el menor ruido.

Alguien había hecho girar el pomo cuidadosamente; estaba seguro. Podía tratarse del policía que Trullock habría asignado para vigilarme, y que tal vez me había seguido sin que yo me diera cuenta.

Me pegué a la pared.

El sonido se reprodujo. Alguien acababa de entrar en la habitación y avanzaba cautelosamente.

Desde el borde de la puerta del cuarto de baño, miré dispuesto a saltar. Vi una sombra.

Mis ojos se habían habituado ya a la penumbra, y en cambio los del intruso todavía no. Le vi palpar las paredes para avanzar. Era un hombre de mediana edad, y no me hizo pensar en un policía. Más bien daba la sensación de alguien que tampoco deseaba ser visto.

La luz que penetraba por la ventana dio en su rostro.

No había visto nunca a aquel hombre y, sin embargo, su cara me resultó familiar. Hice un rapidísimo repaso a mis recuerdos mientras aquel tipo avanzaba hacia mí.

Y de pronto lo recordé.

¡Anthony Bell!

Al repasar en los periódicos todo el proceso de Benton había visto fotografiados a los que sirvieron como testigos de cargo. Uno de ellos era Anthony Bell, el segundo de la lista. El mismo que ahora tenía ante mis ojos.

¿Qué podía buscar allí?

Resolví salir de dudas apareciendo ante él. Entré repentinamente en la habitación.

La reacción de Bell fue tan inesperada como instantánea. De pronto movió el brazo derecho y lo llevó a la funda axilar que sin duda ocultaba debajo de la americana.

Yo estaba desarmado.

Tengo licencia de armas, naturalmente, y casi siempre llevo una pequeña «Browning», pero Trullock no me la había devuelto aquella mañana. Debí parecerle demasiado arriesgado dejar en libertad a un sospechoso y que encima conservara el arma.

Bell extrajo instantáneamente una «Luger» con silenciador acoplado. No sólo era una pistola de respeto, sino que además estaba dispuesto a usarla.

Me arrojé a tierra en el momento en que sonaba el primer taponazo.

La bala arrancó una parte del marco de la pared, sin alcanzarme. Bell bajó el cañón, ahora que yo estaba en el suelo y en postura difícil para defenderme.

Tiraba a matar, de eso no cabía duda. Y como no me quedaba tiempo para explicaciones, resolví actuar.

Alcé la pierna y le golpeé con la puntera del zapato en la mano derecha, la que empuñaba el revólver. El segundo disparo también salió alto, porque él recibió el golpe en el momento en que apretaba el gatillo.

Gruñó algo ininteligible, y en ese momento yo moví la otra pierna; ahora fue la izquierda.

El punterazo que Bell recibió en el bajo vientre le hizo lanzar un estertor. Con gusto hubiera gritado, pero por lo visto no se atrevía. Estaba allí tan en secreto como yo.

Aprovechando su indecisión, le sujeté por uno de los tobillos y le hice saltar por los aires mediante una presa de judo. No hizo ruido porque cayó sobre la cama. Aún conservaba la pistola, y eso era lo peligroso para mí.

Salté sobre él, le sujeté el brazo derecho y se lo retorcí salvajemente. Bell era un hombre fuerte, pero no estaba acostumbrado a luchar. Cedió al cabo de unos instantes.

La pistola cayó al suelo, produciendo un sordo «clac». Por lo demás, ningún otro sonido debía oírse desde más allá de la puerta. Di un puntapié a la «Luger» y la envié al cuarto de baño, lejos del alcance de mi enemigo.

Pero con eso me había distraído unos momentos. La iniciativa pasó otra vez a Bell.

Antes de que me diera cuenta, ya me estaba apretando el cuello con un antebrazo. Hube de dar una vuelta completa de campana para zafarme de la presa que podía ser mortal.

Caí a los pies de la cama, demasiado cerca de mi enemigo. Y éste no se estuvo quieto.

Un doble puntapié me envió al otro lado de la habitación. Mi nuca chocó con el pomo metálico de la puerta.

Fue un golpe de mala suerte. Sentí un vivísimo dolor, y durante algunos instantes perdí la noción de lo que me rodeaba.

Bell se puso en pie y corrió hacia la puerta. Pudo haber aprovechado mi desvanecimiento para apoderarse de la «Luger» y liquidarme casi a placer, pero no se fió. Pensó que yo podría recobrarme antes de que él lograra empuñar el arma.

Me dio un nuevo puntapié, haciéndome rodar por el suelo, y abrió la puerta. Unos segundos más tarde corría por el pasillo. El maldito llevaba suelas de goma y no hacía el menor ruido. Parecía deslizarse como una sombra.

Fui tras él.

Las puertas estaban cerradas, silenciosas. Quizá no había nadie en todo aquel piso, para que los huéspedes no fueran turbados por el ir y venir de la policía. Vi que Bell abría la puerta que daba a la escalera de servicio.

Seguí persiguiéndole.

Allí era más difícil que alguien nos oyese, y por eso me atreví a llamarle.

—¡Bell! ¡Eh, Bell, deténgase! ¡Sólo quiero hablarle, maldita sea!

Pero él no se detuvo. Me dio la sensación de que estaba muy asustado y no se fiaba de nada ni de nadie. De pronto oí que se abría y cerraba una puerta.

Estábamos separados por un piso de distancia. Yo me encontraba entonces a la altura del sexto, y él a la del quinto.

Descendí los peldaños que me faltaban y abrí la puerta yo también. Me encontré en otro pasillo similar al del octavo piso. También las puertas estaban cerradas, y sólo se percibía el silencio.

Me detuve unos momentos, respirando agitadamente.

¿Dónde infiernos se había metido Bell? ¿Tras cuál de aquellas

puertas se ocultaba?

Mis ojos distinguieron una que no estaba cerrada como las otras. Avancé hacia allí.

La abrí sin contemplaciones. Si dentro había un huésped, peor para él. Pero no había hecho más que poner la mano en el pomo cuando oí aquel alarido espantoso.

Era un alarido que empezó siendo terrible y mego se hizo cada vez más débil.

¡El grito agónico de alguien que caía!

Un terrible chasquido lo cortó de repente. Fue el golpe estremecedor de un cuerpo humano al caer desde una altura de cinco pisos.

El frío que sentí me dejó paralizado. Estaba como el que acaba de entrar en otro mundo. Necesité reunir todas mis fuerzas para hacer algo tan sencillo como empujar una puerta.

La habitación se mostró ante mis ojos. Era como las otras, pero algo más triste porque no daba a la calle, sino a un patio interior. La ventana estaba abierta. Las cortinillas que la cubrían en parte habían sido rasgadas por el último esfuerzo de alguien que se asió inútilmente a ellas.

Me acerqué y miré hacia abajo.

El cuerpo de Bell estaba materialmente roto en el fondo de un patio interior. A pesar de la semioscuridad, distinguía bajo él la mancha oscura de la sangra.

No pensé en ese momento algo elemental. No se me ocurrió pensar que el que le había lanzado aún tenía que estar allí.

Quizá inconscientemente pensé que se había lanzado al abismo sin intervención de nadie, como Evans o como Silvia. El caso fue que me descuidé, y apenas dos segundos después tenía motivos para lamentarlo.

Recibí un terrible golpe en la nuca justamente cuando mi cuerpo más se inclinaba hacia el exterior.

Vacilé, y en ese momento algo me empujó. No fue una mano humana.

No, no era una mano. De eso estoy seguro. Luego lo he recordado cien veces.

Aquel empujón fue tan brutal que, unido a los efectos del golpe, bastó para que todo mi cuerpo basculara al exterior. Entonces

aquello que no era una mano humana me levantó las piernas del suelo, haciendo que yo perdiese mi último punto de equilibrio, lo único que me mantenía unido al suelo firme.

De pronto me encontré en el exterior.

Creo que yo también lancé un aullido.

Noté que todo mi cuerpo giraba en el vacío, y moví las manos desesperadamente. Como soy ágil y siempre he practicado los deportes, conseguí contorsionarme en cuestión de segundos y asirme con dos dedos a uno de los barrotes de la barandilla. Quedé colgado, sintiendo un terrible dolor en aquella mano, pero mis dedos resistieron.

Oía gritos en el patio interior.

Varias ventanas se habían abierto, pero creo que nadie me veía en aquel instante. Todos los ojos estaban posados en la figura rota que había abajo, sobre un charco de sangre.

Pensé que mi desconocido enemigo tenía ahora una magnífica oportunidad para acabar conmigo. Le bastaría golpearme en los dos castigados dedos con los que me sujetaba a la barandilla, único elemento material que aún me unía a la vida.

Pero ya no apareció. O creyó que yo estaba muerto o juzgó necesario no arriesgarse a que le vieran. Eso me dio una ocasión de respirar, de hacer un nuevo esfuerzo. Tendí el otro brazo, me sujeté mejor a la barandilla y me icé con todas mis fuerzas, hasta entrar de nuevo en la habitación por cuya ventana acababa de saltar.

Alguien gritó:

—¡Allí! ¡Un hombre!

Pero yo ya estaba dentro.

Caí sentado en tierra y respiré angustiosamente, con la sensación de la muerte todavía clavada en la garganta. Veía la habitación como a través de una nube. Las cortinas rasgadas, movidas por la brisa, me rozaban la piel en una especie de caricia siniestra.

Al parecer, mi desconocido enemigo ya no estaba allí. Había volado como una columna de humo.

Me estremecí al pensar que me había empujado con algo que no eran unas manos. ¿De qué clase de ser se trataba? ¿Qué última y horrible visión había tenido Bell antes de saltar al abismo?

Pero éste no era momento para dedicarse a las reflexiones. Si me pescaban allí, el de las horribles visiones sería yo.

No podía olvidar que, prácticamente, yo había sido el último en ver a Bell con vida.

Demasiadas casualidades para enfrentarme otra vez con Trullock. Si me atrapaban, el fiscal del distrito pediría mi cabeza a gritos. Necesitaba huir.

Corrí hacia la puerta, atravesé el pasillo en el que ya retumbaban pasos, y me colé otra vez en la escalera de servicio. En ésta no se oía nada.

Descendí al sótano lo más velozmente que pudo. Confiaba en que el empleado de los recipientes de basura habría terminado ya su servicio.

Tuve suerte también esta vez. No se oía el menor rumor abajo, mientras que arriba todo eran gritos y carreras precipitadas. Todo el mundo me olvidaría después de ver el cadáver de Bell, o al menos en eso confiaba para huir.

Moví la palanca que hacía bajar la plataforma metálica. Ésta empezó a descender con un leve chirrido.

Apenas hubo espacio para que por él pasara mi cuerpo, salté al exterior. Oía a lo lejos la sirena de un coche patrullero.

Me perdí en las sombras. Creo que nunca he corrido tanto ni tan sigilosamente como aquella noche.

CAPÍTULO VII

La lista era ahora ridículamente corta.

GRETA UNSER
DOC SANDERS

Eso era todo lo que quedaba del equipo que el fiscal llevó a declarar contra Benton. Sólo un hombre y una mujer, cuyos destinos quizá estaban también marcados, como lo habían estado los de Bell, Silvia Carlton y el avaro Evans.

La lista estaba ante mis ojos, sobre la mesa. La arrugué y la lancé a la papelera.

Marjorie me miraba. Había cruzado las piernas, pero, cosa extraña, yo no me fijaba en eso.

Tenía que estar hecho polvo para no reparar en que había cambiado de color de medias.

—¿Qué te sucede, Richard?

—Nada...

—Yo sé que te ocurre algo muy grave. ¿Por qué no me lo cuentas?

—No me sucede nada... Estoy preocupado por la marcha de los asuntos; eso es todo.

—Habías hecho una lista de los testigos de cargo contra Benton y la has tirado a la papelera. Sólo quedan dos. ¿Crees que no me he dado cuenta de eso?

Suspiré. Sería mejor decir la verdad a Marjorie, puesto que al fin y al cabo íbamos a casarnos. Debía confiar en ella. Después de todo, si alguien había sido traidor a nuestras relaciones, era yo.

No podría olvidar durante muchos años el episodio de Silvia Carlton. Y menos mal que Marjorie no lo sabía.

Extraje una botella de *whisky* del cajón inferior de mi mesa y serví dos vasos, ofreciendo uno a Marjorie. Ella me encendió un cigarrillo.

—Veo que has decidido contármelo todo —susurró.

—Sí.

En efecto, yo pensaba contárselo todo menos lo de Silvia Carlton. Ése era un secreto que quizá nunca le revelaría.

Pero le dije que la muchacha había muerto en las mismas condiciones que Evans. Que yo la conocía. Y que Trullock me consideraba uno de los sospechosos, en vista de lo cual me había decidido a hacer investigaciones por mi cuenta. No tenía más remedio que demostrar mi inocencia o comparecer un día u otro ante el fiscal del Distrito.

—¿Por eso fuiste anoche al hotel «Simpson»?

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he imaginado. No soy tan tonta.

—Sí, fui anoche al hotel «Simpson» —confesé—. Pude penetrar en el sótano sin ser visto, valiéndome del escotillón por donde son sacados los desperdicios. Entonces investigué en la habitación desde la cual habían saltado al vacío Evans y Silvia Carlton. Luego conocí a Anthony Bell en circunstancias bien extrañas.

Lo expliqué todo. Di a Marjorie hasta los menores detalles. Ella me escuchaba en silencio, mientras una arruga de preocupación se iba marcando entre sus ojos.

Al fin quedamos unos instantes en silencio, cada uno hundido en sus propios pensamientos.

Un rayo de sol acariciaba las rodillas de Marjorie. Me dije de nuevo que era la mujer más bonita que había visto en mi vida. Traté de olvidar todas las circunstancias macabras que nos envolvían, pero ella cortó mis pensamientos con su voz.

—Hay tres cosas que tú quisieras aclarar, Richard —musitó.

—¿Tres? ¡Qué optimista! ¡Las cosas que no entiendo forman una verdadera montaña!

—Sí, pero fundamentalmente se apoya en tres puntos. Primero: tú no crees que Silvia ni Evans se arrojaran voluntariamente al vacío, pero no entiendes quien los lanzó si no había nadie en la

habitación.

—Desde luego.

—Por lo que acabas de contarme, anoche tuviste la sensación de que *estabas viendo* la causa.

—Quizá no es exactamente eso. Me pareció que había algo anormal en la habitación, algo que no estaba antes. Se me ocurrió pensar que tal vez ésa fuera la razón de las misteriosas muertes, pero no lo pensé de una manera concreta. Fue como una oscura sensación. Luego desapareció y ya no volví a pensar en ello.

Marjorie se puso en pie.

Caminaba como una reina. ¿Por qué diablos no me había fijado yo antes en eso? La vi abrir un cajón del archivador metálico y extraer dos fotografías.

Las puso sobre mi mesa. Eran dos vistas de la habitación 202, la cual conocía yo bastante mejor de lo que ella misma pensaba.

—Fueron tonadas una después de la muerte de Evans, y otra después de la de Silvia.

—¿Cómo las obtuviste?

—Muy sencillo: por medio de una agencia de Prensa. Muchos periódicos han comprobado esas fotos, aunque no sé si llegó a publicarlas nadie. Yo pensé que te serían útiles.

—Tuviste una magnífica idea, Marjorie.

Las miré. Intenté analizar uno por uno todos los detalles.

Eran fotos técnicas, de las que hace la policía, y no faltaba detalle. Además estaban tomadas con gran angular. Se veía todo perfectamente, como si uno estuviera detenido ante la puerta.

Marjorie se sentó en uno de los brazos de mi sillón.

—¿Qué diferencias notas?

—En las dos hay las mismas cosas, aunque colocadas de distinto modo. Y eso es natural.

—Enumera todos los objetos por si falta alguno.

Lo hice. Y noté que en una de las fotos faltaba la alfombrilla pequeña.

Marjorie se dirigió al archivador y extrajo una nueva cartulina. En ella se veía lo mismo, pero enfocado desde la ventana y no desde la puerta. La alfombrilla pequeña estaba junto a ésta, o sea que no faltaba. Simplemente había cambiado de sitio, así como una de las butacas, que parecía desplazada ligeramente.

Total, nada.

Pensar que yo iba a sacar alguna conclusión de todo eso era ser demasiado optimista.

—Más vale que renuncie, Marjorie —susurré—. Es inútil.

—¿No falta nada en la habitación?

—Nada. Están las mismas cosas que cuando la vi anoche. Lo único que varía un poco es su posición, pero eso resulta lógico. Y no se aprecia ninguna mancha en la pared, ninguna huella. Creo que nos enfrentamos a lo desconocido, Marjorie.

—¿Y tu sensación de anoche?

—Una tontería. Más vale no volver a pensar en ello.

—Vamos a la segunda cosa. Dices que lo que te empujó no fue una mano humana.

—No.

—Hemos de suponer que en la habitación no habría un monstruo.

Moví las manos con desesperanza.

¿Y por qué no? ¿Qué es lo que debo pensar?

—¿Te empujaron con un palo?

—No, no... Era algo distinto. Ni un palo ni un bastón. Algo que no puedo identificar ahora.

—Pues entonces no lo entiendo.

Vacíé de un trago mi vaso de *whisky*.

—Es natural que no lo entiendas, Marjorie. ¿Te das cuenta de que no hay una salida lógica para nada de esto? Lo mismo Silvia que Evans se enfrentaron con algo casi sobrenatural y perdieron la vida.

—Pero Bell no. A él le empujó un ser vivo.

—Es cierto —musité—, pero, al parecer, era un ser vivo que no tenía manos.

Marjorie me miró fijamente.

—¿Sabes que debemos hacer, Richard? ¿Sabes cuál es la única solución para olvidar todo esto?

—No.

—Casarnos.

—¡No!

Ella dijo que sí con la cabeza. Las mujeres siempre piensan lo mismo. Estaba tan convencida...

Y lo malo fue que, como siempre, tuvo razón.

SEGUNDA PARTE

EL BOSQUE SUSURRANTE

CAPÍTULO VIII

A pesar de todo lo sucedido, me casé pocos días más tarde.

Realizamos la ceremonia en la catedral católica de San Patricio, aunque no con demasiada pompa porque como el amigo lector sabe bien, yo no soy millonario. De todos modos aún dispuse de dinero —había cobrado algunos anticipos—, para dar una pequeña fiestecita en uno de los salones privados del Waldorf Astoria. Fiestecita donde hubo champaña francés preparado en Italia, caviar ruso obtenido en Alemania y bailoteo. Aunque yo, desde luego, no pude bailar un paso.

Lo del champaña y el caviar no fue culpa de la dirección del Waldo, sino del limitado dinero de que yo disponía. Pero impresioné a mis amistades, ésa es la verdad. Y creo que los dejé turulatos cuando, al final de la fiesta anuncié que Marjorie y yo nos íbamos en viaje de novios a Europa.

Naturalmente, eso era mentira.

Lo comentamos mientras Marjorie se ajustaba la costura de las medias —a ella le gustan las cosas clásicas—, en la habitación que habíamos alquilado para después de la boda en el mismo Waldorf. Yo estaba tartamudeando, porque las piernas de Marjorie me volvían loco, y el gusto diabólico que tenía para escoger sus medias mucho más loco aún.

—Se han tragado lo de Europa —dije.

—Sí, todos se lo han tragado. ¿Están bien?

—¿El qué?

—Las costuras. Si están rectas.

Yo tragué saliva difícilmente.

—Están como tienen que estar.

—¡Ah! Creí que no ibas a decirme nada...

—Marjorie...

—¿Qué?

—Tú sabes lo mucho que me gustas y lo loco que estoy por ti, pero vas a perdonarme si me encuentras un poco raro. Había esperado este momento con todas las ansias de mi vida y, sin embargo, ahora me doy cuenta de que hago un mal papel. ¿Sabrás perdonarme sino parezco el mismo que he sido siempre?

—Claro que sí, cariño. —Marjorie dejó caer su falda y entonces me fui tranquilizando poco a poco—. Pero ¿qué te ocurre?

—Son dos cosas. Lo primero esos sucesos increíbles en que estoy metido. Lo segundo, que no sé cuanta paciencia tendrá el teniente Trullock. Y aún hay algo más.

—Pero es una cosa circunstancial, cariño, y yo sé hacerme cargo. ¿Es que tú te avergonzarás de mí si yo algún día me veo envuelto en sospechas estúpidas? Bueno, no merece la pena volver a hablar de esa tontería. ¿Cuál es la otra cosa que te preocupa?

—Tu madre.

La madre de Marjorie era la única pariente que yo le conocía.

—¿Por qué? Es una mujer discreta, y ya has visto que no ha querido molestarnos para nada. Inmediatamente ha vuelto a la pensión donde vive. Debiera alegrarte saber que la hemos encontrado y que nada malo le ocurre. Para mí ha sido el mejor regalo de bodas que podía soñar. Me dolió mucho que se fuera a vivir al otro lado del país durante un tiempo.

—Sí, Marjorie, en esto estoy de acuerdo. Yo también me he alegrado... Pero ya te he dicho que tu madre vino a verme al despacho un día antes de la boda.

—Sí. Y los dos habéis adoptado desde entonces una actitud un tanto extraña. ¿Por qué fue ella allí?

—Me hizo una consulta.

—¿Tiene algún problema?

—No pensaba decírtelo, pero creo que entre los dos debe haber la máxima confianza. Tu madre ha venido a verme porque dice que ha tenido un extraño sueño.

—¿Sí?...

—Y que en ese sueño te veía a ti dentro de un ataúd, en medio de un bosque silencioso y teniendo al lado un solo candelabro de oro o bronce con un círculo encendido.

Creí que aquello iba a impresionar a Marjorie, como me había impresionado a mí, pero en lugar de quedarse medio aturdida se sentó en un sillón cruzó las piernas y se puso a reír.

Aquello de cruzar las piernas a mí me dejó sin habla.

No podía creer que aquella mujer tan bonita a la que siempre había visto como a distancia, fuera mi esposa y estuviera deseando unirse a mí. No podía creer que pudiera disfrutar sin límite de nuestro amor y nuestra envidiable juventud, únicos bienes —por lo demás— que poseíamos.

¡Diablos! ¿Por qué había ocurrido lo de la madre de Marjorie? Su inquietante sueño, precisamente un día antes de nuestra boda...

Musité:

—No sé por qué te ríes.

—Ni yo sé por qué te preocupas tanto. Mi madre ha sido siempre muy imaginativa y además con una imaginación algo macabra. De joven coleccionaba calaveras, a cada una de las cuales daba un nombre. Siempre tuvo sueños extraños y sin sentido, y nadie le hacía caso. Por supuesto, no creo que haya cambiado, a pesar de los años. Y lamentaría mucho que ahora hubiese venido a darte preocupaciones a ti.

—La cosa en sí no me preocupaba, Marjorie. Pensé que era una de tantas chifladas que de vez en cuando pasan por los despachos de los detectives, y ya iba a despedirla con buenas palabras cuando llegaste tú. Entonces pensé que aquella hija en cuya muerte había soñado eras precisamente tú. Y por eso el sueño me inquieta. Si llega a referirse a otra persona no hubiera vuelto a pensar en eso.

Marjorie entreabrió los labios, mientras me miraba fijamente.

—¿Y vas a dejarte impresionar ahora por los sueños de una señora fantasiosa? Vamos, cariño, ésta es nuestra noche de bodas.

Media hora después, ella a mi lado, susurró:

—No has podido quitarte la idea de la cabeza, ¿verdad?

—Yo creo que sí, que me la he quitado Marjorie.

—Pero no tienes la cara de todos los días.

—Hoy no es un día como los otros, Marjorie.

—¡Tonto! —Me acarició las mejillas como si yo fuera un niño desgraciado, y eso me avergonzó—. Piensas en la muerte cuando yo estoy aquí tan viva, tan tuya. Además...

Lanzó una carcajada, mientras alzaba una pierna y lanzaba lejos

su zapato de alto tacón.

—... ¡Además, todos nuestros amigos creen que mañana tomamos el avión rumbo a Europa! Les hemos engañado maravillosamente, ¿verdad? Nos consideran gente rica. Pero yo no sé todavía dónde vas a llevarme.

—Mi intención era hacer un viaje por los Estados Unidos, Marjorie, e incluso quería dar un repaso al coche pensando en eso. Pero estoy muy mal de dinero, y te enfadarías conmigo cuando quisiéramos ir de compras por las ciudades. Por tanto he decidido que tengamos una luna de miel tranquila.

—¿Y qué has hecho?

—He alquilado la casa que tú me recomendaste.

La idea pareció gustar a Marjorie, que también había llevado una vida muy agitada últimamente...

—Has hecho bien, Richard.

Extraje de uno de mis bolsillos un mapa de Nueva Jersey y se lo mostré desdoblado.

—Mira, seguiremos este camino. La casita está situada a unas quince millas al oeste de Newark. Nos bastará cruzar el puente hasta Jersey City, y enseguida estaremos allí. ¿Qué opinas?

—Que temo haber elegido un sitio demasiado cerca de Nueva York... Todas aquellas zonas son muy agitadas.

Sonreí.

—No lo creas. Tuviste razón al recomendármela. Esa casa es un pequeño prodigio, después de todo. Hay que dejar la carretera estatal y remontar un camino de herradura entre las colinas durante veinte minutos. Luego se encuentra un bosque muy espeso y en su centro está la casita. Bueno, pero tú ya la conoces...

—Me gustan las casas dentro de los bosques.

La frase me hizo recordar algo, y de pronto arrugué la nariz. La verdad era que aquello me traía a la cabeza el sueño de la madre de Marjorie. Pero me encogí de hombros, pensé que era una maldita casualidad y resolví no volver a dar vueltas al asunto.

—La casa tiene de todo —añadí— y está muy bien equipada. La *frigidaire* es monumental, y llevaremos allí todo lo necesario para una semana. Después de ese tiempo, y si no ha ocurrido nada con Trullock, tomaremos el coche y nos iremos a dar una vuelta hasta Boston. Espero que me quede dinero para eso.

Marjorie me abrazó.

—Creo que has tenido una feliz idea, cariño; te agradezco que hayas querido seguir mi consejo. Siempre he soñado con pasar mi luna de miel en un lugar donde no pudiera molestarme nadie.

En aquel momento se oyeron palabras demasiado altas y hasta canciones en el pasillo del hotel. A pesar del ambiente de distinción del Waldorf, no todos los millonarios que lo frecuentan son gentes educadas. Y los que ahora buscaban sus habitaciones debían venir de una fiesta con demasiado alcohol.

Marjorie hizo un gesto de resignación.

—Éste no va a ser un lugar demasiado tranquilo, querido. Pero mañana no oiremos más que el cantar de los grillos. ¿Me lo juras?

—Te lo juro, pequeña.

—¿Por qué no nos olvidamos entonces... de todo?

Yo dije que sí, y unos momentos después ambos estábamos abrazados estrechamente, mirando la oscuridad. Debía ser cerca de media noche cuando, profundamente felices, nos dormimos.

Una hora más tarde, me despertaban las pisadas de un cojo.

Resonaban arriba, sobre mi cabeza, quedamente. Alguien apoyaba todo su peso en un pie, luego sobrevenía un silencio y arrastraba lentamente el otro. Aquel sonido, repetido una y otra vez, me despertó con la sensación de estar viviendo una pesadilla. Con el rostro bañado en sudor, contemplé la oscuridad, mientras creía sentir como el sonido se iba centuplicando en el silencio del hotel. Sentí como un terror ciego, obsesionante y profundo, y al instante reaccioné. ¿No era absurdo sentir miedo, un pánico loco ante lo sobrenatural, cuando uno se encontraba en uno de los mejores hoteles del mundo, y además situado en el centro de una ciudad de quince millones de habitantes?

Si hay una ciudad donde lo sobrenatural no pueda existir, esa ciudad es Nueva York. Nunca he visto un sitio donde la gente viva tan pendiente de su materialismo y donde tenga tan poca fe en lo que no sea real, concreto y tangible.

¿Y yo me estaba asustando?

Desde unos días antes, todo me alteraba los nervios.

Descolgué el teléfono de comunicación interior y pregunté en voz baja al conserje de noche:

—Oiga... ¿quiere decirme quién ocupa la habitación

exactamente encima de la mía?

—No podemos decirlo sin permiso del otro cliente, señor. Pero ¿es que ocurre algo?

—Sí. La persona que la ocupa está paseando durante tiempo y tiempo. Pero esto no sería nada de particular si no fuera un cojo. Camina de una forma irregular, apoyando todo el peso en una pierna y haciendo mucho ruido. Me pone nervioso.

El conserje pareció comprender.

—Le rogamos disculpe a su vecino, señor. Dadas las circunstancias, le diré que se trata de Sam Fisher.

—¿Y quién es Sam Fisher?

—Un aficionado el esquí, señor. Se rompió una pierna en una competición para veteranos y ahora está reponiéndose. No le extraña que aún no pueda caminar como las otras personas, señor.

Suspiré. De pronto la pesadilla se deshacía, convirtiéndose en humo. Ya no había tal cosa irreal; simplemente un esquiador accidentado que estaba tratando de reeducar su pierna. Eso era todo.

—¿Quiere que le hagamos una advertencia, señor? El señor Fisher parece una persona muy comprensiva, y sin duda dejará de hacer ejercicios si se le dice que molesta a alguien. ¿Qué contesta, señor?

—Nada... —dije—. No molesten a mi vecino; lo único que me había extrañado era el deseo de caminar a estas horas. Perdone. —Perdone usted, señor. Colgué.

Marjorie se revolvió a mi lado, inquieta, y abrió al fin uno de sus hermosos ojos.

—¿Qué ocurre, cariño?

—Nada... Advertía al conserje que nos tuvieran preparada la nota para mañana temprano.

—¡Ah!...

Y volvió a dormirse. A mí me dio envidia aquella tranquilidad de animal joven y sano que no tiene inquietudes.

La besé suavemente en una mejilla e intenté volver a dormir también, pero no pude.

A la mañana siguiente tenía los ojos enrojecidos por el insomnio y todavía brillaban en mis sienes gotas de sudor frío.

Como había dicho a Marjorie, era necesario rodar unos veinte

minutos por un camino de tierra, bordeando colinas rocosas, hasta llegar al sitio donde estaba emplazada la casita.

Parecía increíble que aquello se encontrara a tan poca distancia de Nueva York. Daba la sensación de estar en Vermont, Maine o cualquier otro sitio alejado, donde las personas ricas van a descansar y a olvidarse de sus riquezas. Como yo había dicho bien a mi esposa, la casa era un hallazgo. ¡Y se lo debía a ella!

Marjorie lanzó un grito de alegría al verla.

—Es preciosa —exclamó—. Se ve solo el bosque, y luego este pequeño sendero conduce hasta ella... Una casita de cuento de hadas, eso es. Seremos muy felices aquí, cariño.

—Lo malo es que resulta algo pequeña.

—¿Y para qué queremos más sitio? Seguro que sobrarán al menos dos habitaciones. A ver, déjame la llave.

La casa, por dentro, estaba maravillosamente distribuida. Había sido reformada poco tiempo antes y no le faltaba detalle. La verdad es que cualquiera hubiese pensado que sería muy agradable, pero que muy agradable, pasar allí una luna de miel.

Sobre todo con Marjorie, y con todas las cosas vistas y no vistas que tenía Marjorie.

Ella revoloteaba como un pajarillo por las habitaciones. Examinó la cocina, la monumental *frigidaire* y el moderno horno a rayos infrarrojos. De pronto, se detuvo ante una de las paredes.

—Aquí debería haber un armarito colgado —dijo.

—Pero, Marjorie... los armaritos colgados ya son cosa pasada de moda.

Ella rió, encogiéndose de hombros.

—¡Pues claro! Tienes razón... Ha sido una tontería.

No volvimos a hablar más de ello. Luego dispusimos todo para pasar allí una semana, y por la tarde nos fuimos a dar una vuelta y a intentar pescar en un riachuelo que pasaba por las cercanías. Por fin, como ocurre siempre que uno está en el campo, cenamos muy pronto y nos fuimos a dormir cuando todavía no habían empezado a cantar los grillos.

Descansamos muy bien.

No obstante yo había tenido durante toda la noche una idea fija, una idea que iba y venía como un jirón de niebla, como algo que uno no puede precisar, pero termina rodeándolo. Al cabo de

algunas horas aquella idea terminó despertándome.

Abrí los ojos.

Por la ventana del dormitorio, que habíamos dejado entreabierta, penetraban las primeras luces de la aurora. Era una luz triste y gris, pues al contrario de lo que muchos creen, en el campo resulta mucho menos bonito el amanecer que el crepúsculo. Fuera de la casa, en el bosque, se oía el piar de los pajarillos.

Marjorie dormía a mi lado, quietamente, con una respiración acompasada y tranquila.

¿Por qué diablos no podía yo hacer igual? ¿Por qué no podía respirar tranquilamente como ella?

La idea me obsesionaba.

No era una idea concreta, pero, sin embargo, me dejé guiar por ella. Me levanté de puntillas, poniéndome una bata sobre el pijama, y fui a la cocina sin hacer ruido. Después de prepararme un café bien cargado empecé a mirar las paredes.

¿Cuál era aquélla en que a Marjorie le hubiera gustado ver colgado un armarito? ¿Qué había en aquella pared que a mí me había llamado la atención ya entonces, aunque de momento no le concedí ninguna importancia?

Era la pared situada a la izquierda de la ventana.

La palpé cuidadosamente, y mi tacto confirmó lo que mis ojos habían notado a la clara luz de la mañana, cuando llegamos allí. A pesar de la pintura nueva y de las reformas experimentadas por la casa, aún subsistían en aquella pared las huellas de dos pequeños soportes. Sin duda, bastantes años antes, allí había estado apoyado un armarito.

No sé bien por qué, pero de pronto sentí que todas las cosas empezaban a dar vueltas en torno mío.

Terminé mi taza de café, intentando serenarme y poner en orden mis locas ideas.

Pero sólo había una cosa que en aquel momento quisiera o pudiera hacer: hablar con la propia Marjorie.

De modo que dejé la taza sobre una mesita, y sin hacer ruido volví al dormitorio. Pero de pronto me detuve en el umbral, atónito, sintiendo que bailaban mis propios ojos. Porque Marjorie había desaparecido.

Bueno, me fui calmando poco a poco.

Al fin y al cabo, lo natural era que Marjorie estuviese en el baño. No hacía calor, pero parecía lógico que hubiera querido tomarse una ducha. Confirmando esta suposición, me di cuenta entonces de que en el cuarto de baño se oía muy suavemente el sonido del agua.

Suspiré.

No sabía por qué diablos me había puesto tan nervioso. En mi profesión hace falta ser un hombre muy sereno, un hombre que jamás pierda el dominio de sí mismo y yo lo estaba perdiendo desde que la madre de Marjorie entró en mi despacho después de habernos visto sólo una vez, y me habló de su condenado sueño. Tenía que dominarme o acabaría muy mal.

Encendí un cigarrillo, procurando no pensar en nada, y esperé a que Marjorie saliera. A través de la ventana veía el bosque, muy poético y luminoso a aquella hora del amanecer. Veía también a los pajarillos persiguiéndose de rama en rama, entonando el himno dulce del amor y todas esas cosas que uno lee en los libros de poesías.

¡Cuerno! ¿Por qué no salía Marjorie?

Tiré los restos del cigarrillo y llamé con los nudillos.

—Marjorie... ¡Marjorie!

Ella no contestó. Pensé, sobresaltado, que pudiera haberle ocurrido algo, pero entonces me di cuenta de que la puerta estaba entornada, solamente. La abrí de un empujón.

Dentro del cuarto de baño no había nadie. El agua caliente de la ducha caía mansamente en el vacío, despidiendo nubecillas de vapor.

—¡Marjorie!

No comprendía nada, absolutamente nada de lo que estaba sucediendo. El pensamiento de que debía estar volviéndome loco penetró poco a poco en mi cerebro. En un par de minutos recorrí toda la casa, abriendo de golpe todas las habitaciones y llamando a Marjorie a voz en grito.

Nadie contestó.

Fue entonces cuando me senté en el lecho, abrumado, sintiendo que el mundo entero daba vueltas en torno mío. Nunca había vivido una situación así y lo peor es que nunca había esperado vivirla. Traté de reflexionar y encendí otro cigarrillo. Mentalmente me dibujó un plano completo de la casa con el siguiente objeto:

¿Podía Marjorie haber salido del cuarto de baño, y luego de la casa, sin que yo me diera cuenta?

Sí, efectivamente, podía. Yo estaba en el dormitorio, y el cuarto de baño no daba allí, sino precisamente al pasillo. También en el pasillo se abría una puerta secundaria de la casa que salía al jardín, y desde allí al bosque que nos rodeaba por todas partes. Era perfectamente posible que Marjorie, después de ducharse —y olvidando cerrar los grifos, cosa al fin y al cabo muy femenina— se hubiera vestido para salir de la casa y dar un paseo por el bosque.

Confirmándome en esta idea, me di cuenta de que las ropas de viaje que llevaba ella la noche anterior ya no estaban allí.

«Estará un poco enfadada y habrá preferido salir a pasear sola —me dije—. No comprendo qué motivo puede tener, pero a veces a las mujeres recién casadas les ocurren esas cosas».

Aprovechando la ducha, me di, por tanto, un buen remojón, y me sentí enseguida más despejado. Entonces me vestí con unos pantalones, una camisa de hilo y un jersey delgado y salí al bosque tratando de encontrar alguna huella de Marjorie.

Me costaba mucho andar. La verdad es que si hubiese tenido que huir de algún peligro en aquel momento habría estado listo. La preocupación hacía que me fallaran las energías físicas.

Después de caminar cosa de diez minutos, llegué a un claro del bosque donde los árboles formaban coma una pequeña plaza natural.

Inmediatamente sentí como un choque en los ojos.

De pronto recordé el sueño de la madre de Marjorie. Recordé que ella me había hablado de todas las cosas que ahora yo estaba viviendo: el bosque atravesado por la luz del suave amanecer, los árboles formando un claro y aquella especie de plaza natural. Temblando y sintiendo que a cada paso se me hacía más difícil contener los nervios, avancé algo más hasta llegar precisa mente al borde de aquella plaza.

Era como revivir el sueño de que me había hablado la madre de Marjorie.

¡Pero no! ¡Aquello no tenía sentido!

Me llevé la mano a la frente y decidí volver a la casa. Entonces tuve una buena sorpresa. Marjorie estaba allí, cortando unas flores silvestres; y, como si nada hubiera ocurrido. Tarareaba una

cancioncilla.

CAPÍTULO IX

Mientras yo me acercaba, ella, sin verme, fue a sacar el coche del garaje. Luego me distinguió y me hizo una seña.

—Hola, querido.

Dibujó una sonrisa en sus labios tentadores y abrió la portezuela para salir del vehículo.

—Pero ¿cómo estás tan pálido? ¿Qué te ocurre?

Yo la miraba.

No iba vestida como cuando llegamos, sino de una manera muy distinta. Llevaba unos ceñidos pantalones negros, que se ajustaban diabólicamente a sus caderas y sus piernas, y sobre su busto palpitante no se había puesto más que un jersey también negro. Llevaba los labios ligeramente pintados, sus mejillas aparecían sonrosadas y aunque en aquellos momentos yo no estaba para pensar en tales cosas, la verdad era que estaba para comerla cruda.

Ella repitió:

—¿Qué te pasa?

—¿Cómo vas... vestida así?

—¿Es que no te gusta? No creo que vaya nada indecente. Además, cariño, estamos solos.

—No, no digo eso.

—Pues, ¿qué quieres decir? La verdad es que te encuentro la mar de extraño, querido.

—Cuando me he levantado faltaban tus ropas, las que llevabas ayer. ¿No te las habías puesto?

—Pues... no.

A causa de mi expresión, que reconozco debía ser muy alarmante, ella se había puesto repentinamente pálida.

—¿Dónde las guardaste?

—En el armario. ¿Por qué?

Hice un gesto brusco, salí del garaje y penetré en el cuerpo principal de la casa. Con mi nerviosismo, estuve a punto de tropezar en la puerta del dormitorio. Abrí el armario ropero que estaba junto a la cama y pude ver, cuidadosamente colgadas, las ropas de viaje. Eran la mismas que Marjorie, según mi idea, llevaba unos minutos antes. ¿Cuántos? Intenté calcularlos mientras miraba como obsesionado aquellas ropas. Yo debía haber tardado unos veinte minutos en volver desde el claro del bosque. Pero las ropas parecían estar allí desde la noche anterior. Estaban cuidadosamente dobladas y no había en ellas ni una mota de polvo.

Noté la respiración caliente de Marjorie en mi nuca.

—Richard... ¿Richard te has vuelto loco?

—Loco, ¿por qué?

—Te encuentro muy alterado. Y haces unas cosas realmente extrañas...

Me senté nuevamente en el lecho donde había estado antes, e intenté recapacitar.

Fuera como fuese, no ganaría nada poniéndome nervioso, de eso no había duda. Busqué un cigarrillo y lo encendía con mano insegura. Era tabaco inglés, un «Navy Cut». Su sabor a miel me fue calmando poco a poco. Lo que me turbaba era la similitud de todo aquello con el sueño de la madre de Marjorie, aunque no tuviese sentido.

Marjorie se sentó junto a mí, y tímidamente, me pasó un brazo por encima de mis hombros.

No sé por qué, pero su contacto me hizo temblar.

—¿Qué te pasa, Richard?

—Por favor, apártate un momento de mí y mírame a los ojos. ¿Qué hacías en el coche?

—Muy sencillo. Nunca he conducido un «Ford Falcon» sino solamente coches grandes. Como recordarás al principio de nuestro noviazgo yo tenía un viejo «De Soto» para el que nunca encontraba sitio donde aparcar. Me hacía ilusión probar un coche más pequeño, y cuando tú has entrado iba a poner el motor en marcha para dar una vuelta.

—Pero tenías semicerradas las puertas del garaje. Tal como estabas no hubieras podido salir a pasear con el «Ford». ¡Y además

es un viejo cacharro!

—Ya las hubiera abierto. Richard. No sé por qué me preguntas eso. De momento sólo escuchaba el ruido del motor.

Su voz era natural y hasta un poco dolida, cosa lógica después de todo, puesto que a ninguna mujer le gusta que le hagan preguntas sospechosas al terminar, como quien dice, su noche de bodas. Pero yo no hice caso y seguí fumando el cigarrillo mientras intentaba concentrar mis pensamientos.

—Por favor, Marjorie, no te ofendas. Pero tienes que explicarme exactamente todo lo que has hecho esta mañana, a partir del momento en que abriste los ojos.

—Si eso te hace feliz; te lo explicaré.

—Sin omitir ningún detalle, Marjorie.

—Está bien, procuraré ser lo más exacta posible. Me desperté al amanecer, al extender un brazo y notar que tú no estabas a mi lado.

—Hasta aquí es correcto. Yo había ido a prepararme una taza de café. ¿Por qué no me llamaste?

—Pensé que habrías querido vestirme ya, y fui a darte una sorpresa al cuarto de baño.

Pero al no verte allí, y como tenía un poco de dolor de cabeza, decidí darme una ducha.

—Y te dejaste los grifos abiertos.

—¿Es cierto eso? —preguntó con una encantadora expresión de ingenua.

—Sí.

—No me habré dado cuenta. En esas circunstancias las mujeres nos ponemos un poco nerviosas y un poco tontas. Luego me sequé y me vestí con esas ropas.

—¡Ojo! ¿Entraste en el dormitorio para buscarlas?

Ella sonrió con paciencia.

—Pero ¿es que no lo recuerdas, cariño? Esas ropas yo las tenía en el maletín que anoche dejamos en el cuarto de baño. El que contenía todos los objetos de aseo...

—Sí, sí, lo recuerdo —dije llevándome una mano a la frente—. O sea que no tuviste que salir del cuarto de baño para nada...

—Para nada.

—¿Qué hiciste luego?

—Abrir la puertecilla secundaria y salir al bosque. En cierto

modo me extrañó no verte por allí, pero pensó que a lo mejor estarías dando un paseo para despejarte. Como no yo conozco tus costumbres ni tú las mías... Entonces entré en el garaje y empecé a examinar el coche por todos lados, ya que siento afición por la mecánica. Cuando me había sentado al volante e iba a poner el motor en marcha, llegaste tú con esa cara de muerto y con esas preguntas que no tienen ningún sentido. Y ahora te toca el turno. ¿Vas a decirme qué es lo que te ocurre?

—No me ocurre nada, Marjorie. Es qué...

—¿Qué?

No respondí de momento. Angustiosamente trataba de encontrar un cabo suelto en las explicaciones de Marjorie, pero la verdad es que no podía dar con ninguno. Todo aquello era absurdo, pero las cosas pudieron haber sucedido como ella decía. En realidad sus explicaciones concordaban con lo que desde el principio había yo pensado.

Sin embargo, allí fallaba algo. Yo no estaba aún del todo loco. Lo que había visto en el bosque lo había visto bien. ¿Por qué la madre de Marjorie me contó aquel sueño?

—Marjorie...

—¿Qué, cariño?

—Tú puedes conducir perfectamente el «Ford», aunque no estés acostumbrada a él. Quiero que me lleves a un determinado lugar del bosque.

—¿Y por qué no lo conduces tú?

—Creo haber hecho un mal gesto. Me duele la cadera.

En realidad lo único que deseaba era que ella misma reconociese aquel lugar, si había estado antes allí.

Marjorie lanzó un suspiro.

—Los hombres os pasáis la vida haciendo tonterías, cariño. Vienes a descansar y de pronto lo estropeas todo. ¿Cuándo dejarás de pensar cosas sin sentido?

—Antes llévame a ese lugar del bosque, Marjorie.

—Bueno, como quieras. Ya me indicará el camino.

Salimos de la casa, volviendo a entrar en el garaje. Abrí la puerta para que pudiéramos salir. Ella se sentó al volante del «Ford» y yo a su lado. Arrancó suavemente e hizo una hábil maniobra.

—Conduces bien, Marjorie. No lo sabía.

—Es que con tu clásica vanidad masculina, no me habías dejado tu coche nunca. Ya te he dicho que tenía un «De Soto», y lo manejaba muy bien.

—De ahora en adelante me temo que tendrás que llevarlo tú, porque yo siento un terrible dolor en la cadera apenas muevo la pierna izquierda. Sigue por ahí.

Estaba atento. Quería ver si ella reconocía el camino.

El paso entre los árboles era estrecho, pero Marjorie sorteó hábilmente los obstáculos a pesar que un «Falcon» no es precisamente una caja de cerillas.

—¿Por dónde más?

—A la izquierda.

Rodamos en silencio, un silencio roto solamente por el crujir de las ramitas secas bajo los neumáticos. Marjorie tuvo dificultades un par de veces por los estrechos senderos del bosque, pero sus hábiles maniobras, nos permitieron pasar. Por fin llegamos al claro del bosque donde los árboles formaban como una plaza natural.

Mis ojos parpadearon.

Todo estaba como antes. Pero era exactamente como la madre de Marjorie dijo haber visto en su sueño.

El calvero tranquilo, solitario, donde los pájaros piaban tranquilamente, persiguiéndose sin cesar.

Yo debía tener una cara muy extraña, porque Marjorie me preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Nada...

—Tú esperabas encontrar algo aquí. Has tenido un alivio, pero al mismo tiempo un desengaño.

—Para, por favor.

Ella paró. Yo descendí y examiné cuidadosamente el lugar donde poco antes estuve. No había rastro de presencia humana. Vi por los alrededores unas ramitas tronchadas, pero podía haberlas tronchado muy bien yo mismo, al andar en torno al lugar. Para encontrar algo más hubiera hecho falta mucho tiempo, mucha calma y una lupa. Las dos últimas cosas me faltaban a mí.

Con voz francamente alarmada, Marjorie me preguntó desde el coche:

—¿Qué buscas, Richard?

—Huellas.

—¿Huellas de quién?

—Quiero saber si alguien ha pasado por aquí. Si alguien nos espía. Me pareció antes que había huellas... de un hombre cojo.

Marjorie lanzó un grito, y corrió junto a mí. Estaba tan asustada que sentí su cuerpo temblar en mis brazos, antes de que pudiera darme cuenta de lo que sucedía. Sus manos se cerraron sobre mi nuca y atrajo hacia ella mi cabeza mientras susurraba:

—Richard... Por favor. Richard... Tú aún estás obsesionado por aquellas muertes.

Me besó. Yo sentí el contacto de sus labios y entonces me olvidé de todo. Deseché mis pesadillas, aparté mi macabro ambiente en que me sentía envuelto; lo único real eran sus labios intensamente rojos que estaban junto a los míos. Tuve un estremecimiento y los besé una vez, diez veces, con una especie de furor.

Ella correspondió a mis caricias para calmarse, pero cualquiera hubiese comprendido que estaba un poco asustada.

¿O quizá fingió estarlo?

—Richard, debemos volver a casa.

—Sí, creo que tienes razón.

—Deja que te ayude.

Habría tomado en serio lo de mi mal gesto, y yo necesité fingir. Apoyándome en ella, llegué hasta el coche, y una vez allí me dejé caer en el diván.

—Tiene que verte un médico.

—No hará falta. Se me pasará.

Sin volver a casa, fuimos directamente a la ciudad de Newark. Tras dejar el camino de tierra, salimos a una carretera concurrida y la realidad fue entrando poco a poco en mí. Continuamente nos adelantaban coches último modelo, alguno de ellos como el «Mercedes 230», que estaban haciendo furor en los Estados Unidos. En medio de toda aquella circulación, pasando por pueblos ricos y prósperos, y sumido en la contemplación de innumerables anuncios que jalonaban la carretera, era imposible que uno no olvidase todas las pesadillas. Evidentemente, la realidad era aquélla, la de que Marjorie y yo estábamos viviendo ahora, y lo sucedido a primera hora de la mañana no pasaba de ser un mal sueño. Un maldito sueño como el que tuvo la madre de la muchacha.

Aparcamos en la calle principal de Newark a la hora en que la gente empezaba a entrar en sus oficinas, y compramos diversas cosas.

Hicimos un desayuno bastante fuerte en un «snack bar» y luego Marjorie salió a comprar más cosas mientras yo fumaba cigarrillo tras cigarrillo sentado a la mesa. Regresó cargada de vitaminas y estimulantes, una caja de jeringuillas, unos libros y un par de almohadones suplementarios para que yo estuviese más cómodo.

—Pero ¿qué te has creído? —mascullé—. ¿Piensas que estás casada con un vejestorio?

—No quiero que salgas más por el bosque. Vas a quedarte en casa.

—¡Al diablo!

—Richard no me des el primer disgusto de nuestra vida de casados. Prométeme que vas a portarte bien.

—De acuerdo —gruñí—. Te lo prometo.

—Así no habrá más discusiones.

—¿Qué llevas en ese otro paquete?

—Una radio a transistores. Como vas a estar quietecito unos días, cosa que te conviene para disipar tu3 pesadillas, te aburrirás. Por eso creo que te distraerá oír la radio. ¡Ah! Y además, he comprado también algunos libros.

—Los he visto yo. Piensas en todo, Marjorie —dijo con admiración.

La verdad era que, en aquellos instantes, lo ocurrido por la mañana se me había borrado casi por completo de mi mente.

—Y no he comprado un televisor portátil porque no tengo bastante dinero —siguió diciendo Marjorie—. De lo contrario te lo habría traído para que te distrajeses.

—Eres un tesoro.

—Soy, simplemente, una esposa que no quiere desengañarte. ¿Qué tal te sientes ahora?

—Mejor. ¿Vamos?

—Cuando quieras.

Todo era natural, todo volvía a ser normal y razonable entre nosotros. Éramos una pareja de recién casados que se encuentran en su luna de miel y nada más que eso.

Todas las pesadillas de unas horas antes se habían esfumado.

No tenían por qué haber existido nunca.

Pero volvieron cuando distinguimos nuevamente la casa.

Con el garaje aún abierto, con su aspecto solitario, tenía algo, algo que sin saber yo por qué me apretaba los nervios en mi garganta.

¡Si al menos me hubiese podido sentir en pleno uso de mi cerebro! Pero no.

Actualmente era una especie de obsesionado. No podía exponer la situación con frialdad.

Todo me parecía sobrenatural.

Marjorie encerró el coche y luego me acompañó hasta la cama. Todo resultaba ahora fastidiosamente distinto de la noche anterior, cuando nos comportamos como dos enamorados. Ahora ella se había convertido en mi enfermera, porque me veía enfermo, y eso me deprimía.

—Te dejaré cigarrillos y un termo con café caliente al alcance de la mano para que no tengas que llamarme. Tú eres de esa clase de hombres imbéciles a los que avergüenza necesitar a una mujer. Quiero que duermas todo lo posible. Mañana verás las cosas de otro modo.

—Oye, Marjorie...

—¿Qué?

—¿De veras han sucedido las cosas tal y como tú me lo has explicado esta mañana?

—¡Pero, por Dios, qué manía! ¡No comprendo a qué viene esta obsesión! Si quieres, para que puedas vigilarme a todas horas, dejaré todas las puertas abiertas.

—No he querido ofenderte, Marjorie... No es eso. Simplemente ocurre que me siento intranquilo.

—Pues si tienes una obsesión no pienses más en ella. Escucha música y fuma un cigarrillo. ¡Ah! Y empieza una de estas novelas policíacas. Seguro que te distraerán.

En efecto, me distrajeron.

Pasaron las horas sin darme cuenta, sumido en el clima agradable que en torno a mí había sabido crear Marjorie. A media tarde cenamos un poco y entonces ella se acostó conmigo, poniéndose a leer la novela que yo acababa de terminar.

Parecíamos, dentro de todo, una pareja la mar de feliz.

Ella dejó por fin el libro, soñolienta.

—¡Uf! En esta novela se habla de unas ratas. ¡Con la manía que yo les tengo! Espero que no haya ratas en el desván.

Me sobresalté.

—¿En qué desván? ¿Cómo sabes que hay un desván en esta casa?

Marjorie ya no me contestó. Había cerrado los ojos y respiraba tranquila y rítmicamente, con su sueño de persona completamente sana que yo tanto admiraba en ella.

Pero otra vez las gotitas de sudor helado volvieron a aparecer en mi frente.

La oscuridad había envuelto por completo la casa, y a través de la ventana sólo se divisaba la negrura del bosque.

Estuve quieto más de una hora, casi conteniendo la respiración, hasta que de pronto oí aquellos pasos sobre mi cabeza.

CAPÍTULO X

Sé de antemano, al escribir estas líneas, que mucha gente creerá que fui injusto al recelar de Marjorie. Que no me comporté como un hombre que está viviendo su luna de miel y tiene junto a sí una esposa enamorada.

Pero mi conducta —algo impropia, lo reconozco— tiene varias justificaciones. Y sólo para defenderme a mí mismo, quisiera enumerarlas.

En primer lugar, estaba lo sucedido en el Hotel Simpson. Una situación que era como para sacar de quicio a cualquiera, sobre todo si ese cualquiera era uno de los sospechosos. Segundo, estaba la inesperada aparición en mi despacho de la madre de Marjorie.

Yo sólo la había visto una vez, y sin que viniera a cuento, un día antes de la boda, se presentó en mi despacho para hablarme de su extraño sueño.

Un sueño en el que se hablaba de un claro en el bosque. Y de una muchacha muerta.

Yo había ido a una casa elegida, o más bien recomendada, por la propia Marjorie. Y cerca existía un claro en el bosque como el que su madre dijo haber soñado.

Al despertarme después de nuestra primera noche en la casa, tuve la sensación de que Marjorie había desaparecido.

Salí, encontré aquel claro del bosque y me pareció ver en el calvero las huellas de un solo pie. Es decir, huellas de un cojo.

Luego aquellas huellas habían desaparecido.

Examinados aisladamente todos esos factores, reconozco que no eran para marear a nadie ni justificaban mi extraña actitud. Pero todos juntos formaban un conjunto de pesadilla:

Era eso lo que me tenía trastornado. Lo que me hacía sospechar

de cualquier cosa. Incluso de Marjorie.

Pero mis nervios estuvieron a punto de estallar cuando oí aquellos pasos encima de mi cabeza.

Ya he dicho que eran los de un cojo.

Hace poco he explicado lo que me sucedió durante mi noche de bodas en el «Waldorf». En la habitación superior, un hombre cojo paseaba monótonamente. Un aficionado al esquí llamado Fischer, según me dijeron. Sus pasos llegaron a metérseme en el cerebro.

Y ahora oía lo mismo.

El peso del cuerpo apoyándose en un solo pie. Luego, silencio. Otra vez el «tac» seco que parecía golpear sobre mi cabeza. Nuevamente un silencio espeso, angustioso, que me rodeaba por todas partes.

Sólo estaba roto por los mil susurros del bosque y el respirar cadencioso de Marjorie.

La miré.

¿Por qué había hablado ella poco antes de la existencia de un desván en aquella casa? ¿Cómo conocía ese detalle si no había estado nunca allí?

¿Y por qué había hablado de un armarito colgado en una de las paredes de la cocina, mueble que efectivamente, *existió en otro tiempo*?

Miré luego hacia el techo.

Efectivamente, el desván existía. No sabía por dónde se entraba en él, pero había alguien oculto allí. Y me propuse averiguar quién era.

Con infinitas precauciones, me separé de Marjorie y salté fuera del lecho. Ella no lo notó. Luego salí del dormitorio y fui examinando todos los relieves del techo.

Debía haber una trampilla. Por fuerza.

Sin embargo, no era así. No vi en ninguno de los techos la menor huella de algo que se abriese. Entonces salí al exterior.

Me había puesto unos pantalones y una camisa, pero iba descalzo para hacer menos ruido. El frío me atenazaba los músculos. Miré el tejado y vi junto a la chimenea algo que podía ser la entrada de un desván. Quizá un sitio para guardar leña con vistas al invierno.

No había ninguna escalera para llegar hasta allí, pero resultaba

relativamente fácil trepar por los salientes de la fachada. Marjorie se hubiera asombrado, seguramente, caso de ver que lo de mi cadera y mi falso movimiento había sido una comedia. Trepé ágilmente y al llegar al tejado vi que, en efecto, había una entrada por la que podía pasar cómodamente un hombre.

Dentro se seguía oyendo el «tac... tac» de alguien que andaba apoyándose en un solo pie.

Comprendí que estaba a punto de solucionar algo importante, algo que tal vez resolvería todas mis dudas. Aunque no iba armado, eso no me importó demasiado. Alcé la trampilla que daba entrada al desván.

Como era de noche, no penetró la menor claridad en él. El interior también estaba oscuro, de modo que no pude ver nada.

Ni tuve tiempo.

De pronto ocurrió algo que no esperaba. No oí la menor detonación, pero el silbido del proyectil me puso alerta.

Soy un hombre de reacciones bastante rápidas. Conseguí ladearme en la última décima de segundo, y la bala se empotró a menos de media pulgada de mi cuello.

Debían haber tirado con silenciador y a cierta distancia, porque llegué a captar el silbido de la bala, cosa que no hubiera ocurrido tirando desde cerca. Comprendí que me balearían otra vez y que sería un suicidio quedarse quieto.

Me dejé caer resbalando tejado abajo. Caí al suelo y tuve la sensación de que me había roto media docena de huesos, pero por fortuna sólo fue eso: una sensación.

La casa estaba rodeada de hierba y había montículos de hojas caídas aquí y allá. Fue eso lo que amortiguó mi aterrizaje. Di entonces varias vueltas sobre mí mismo, intentando escapar a los regalos que sin duda iban a enviarme.

Mi desconocido enemigo, fuese quien fuese, me había visto.

Una nueva bala me arrancó cabellos de la cabeza. Lo peor era que yo no sabía cuándo disparaba ni desde dónde, porque ni veía el fogonazo ni oía el menor estampido. La única salvación estaba en ser rápido. Salté o más bien volé hacia un lado de la casa.

Otra bala arrancó astillas de madera en aquella esquina, justo donde yo acababa de protegerme.

Pero de momento ya estaba a salvo. Respiré lentamente mientras

trataba de organizar un plan de acción.

Lo primero que hice fue entrar en la casa por la puertecilla lateral. Vi que Marjorie continuaba durmiendo. No había oído ni los pasos, arriba, ni el chocar de las balas contra las paredes. Mientras yo la miraba, pensaba en dónde encontrar un arma.

Mi pistola estaba requisada por el teniente Trullock, quien bastante había hecho dejándome salir de Nueva York. No había en la casa más que unos cuchillos de cocina.

Los pasos, arriba, habían cesado. Volvía a no oírse más que la respiración tranquila de Marjorie y los susurros del bosque.

A falta de algo mejor, decidí armarme con uno de los cuchillos. Volví a salir de la casa por la puertecilla lateral y caminé con el silencio de un piel roja.

Nada se oía ahora. Hasta los susurros del bosque habían cesado.

Busqué la bala que había mordido la esquina de la casa. Estaba muy aplastada, pero pude reconocerla. Se trataba de un proyectil de «German Luger». Debían disparar con silenciador y a bastante distancia, lo que explicaba la imperfecta puntería. Escruté los linderos del bosque y traté de ver a través de las sombras.

Me pareció distinguir un brillo a unas cien yardas, entre las ramas bajas. Podía ser el metal de un arma al ser herido por la leve luz de las estrellas. Me pegué ansiosamente al suelo, y casi al instante una nueva bala pasó aullando por encima de mi cabeza.

Tiraba a matar, pero sería difícil que lo lograran si no se acercaban más. Yo estaba con todos los nervios en tensión y nunca me había movido más ágilmente. Además, ya había situado aproximadamente a mi misterioso enemigo.

Decidí pasar a la ofensiva.

Guardé el cuchillo entre la camisa y el pantalón, para que no brillase a la luz de las estrellas, y fui avanzando sobre los codos, siguiendo una línea de matojos que se perdía en el bosque. La claridad nocturna era suficiente para ver a unas cien yardas, porque la luna brillaba con intensidad cuando no la cubrían los nubarrones. Yo aprovechaba para avanzar los períodos de semioscuridad y me agazapaba en los de luz, observando entonces delante de mí.

El bosque se hallaba cada vez más cerca. Las sombras se hacían más abundantes y, por tanto, mi confusión aumentaba.

Las últimas yardas decidí hacerlas a la carrera y en zigzag,

aprovechando un momento en que dos nubarrones iban a cubrir la luna.

Cuando me levantaba, una nueva bala me hizo caer. El plomo me rozó una pierna. Pero ahora había visto el fogonazo y avancé hacia allí dando un rodeo. Mi enemigo, fuese quien fuese, ya no me pudo distinguir al ocultarse la luna.

Llegué al lindero del bosque donde acababa de ver el fogonazo y escruté la semioscuridad. Poco a poco, la luna fue apareciendo de nuevo. Distinguí entonces una sombra confusa, a unas diez, yardas delante de mí.

Por fin distinguía algo. ¡Por fin veía a mi enemigo, o al menos su sombra!

Ya que no podía darle el alto, teniendo él una «Luger» y yo solamente un cuchillo, decidí lanzárselo. Si lograba herirle, tenía grandes posibilidades de caer sobre él y apresarlo.

Varias veces he practicado el lanzamiento de cuchillo, pero siempre con armas adecuadas, dotadas de un mango pesado. Lo que ahora tenía no era más que un vulgar cuchillo de cocina, de modo que lo arrojé como el que lanza una jabalina.

No di en el blanco. En el último instante, aquella sombra se movió.

El cuchillo se clavó en el tronco de un árbol. Vi que la figura iba vestida de negro. No podía distinguir más que sus relieves confusos. Si en ese momento me hubieran pedido que la dibujase, habría sido incapaz. Y más incapaz fui aun cuando aquella especie de silueta confusa se puso a despedir fogonazos.

Era posible que no me viese, pero sabía ya que estaba a su espalda. Batió toda la zona con su «Luger», que evidentemente acababa de recargar, porque me dio la sensación de que disparaba durante media hora. Yo no oía más que el leve taponazo de los disparos y el crujir de las ramitas al ser tronchadas por las balas. Había pegado la cabeza a un grueso tronco y esperaba así, sin moverme, confiando en que ninguno de aquellos proyectiles me alcanzaría. Tuve suerte porque mi enemigo no llegó a saber en ningún momento qué posición ocupaba yo. De otro modo me hubiese liquidado fácilmente.

De pronto cesaron los disparos. Sin duda el cargador de la «Luger» estaba vacío.

Mi misterioso enemigo debió temer que yo le atacara mientras cambiaba el cargador, y optó por retirarse. Por fortuna ignoraba que yo no llevaba encima una maldita arma. Oí pisadas y traté de verle, alzando la cabeza.

Inútil. Se retiraba siguiendo con habilidad el lindero del bosque.

Muy poco después me vi otra vez solo y rodeado por el silencio.

Durante algunos minutos, que se me hicieron interminables, casi eternos, aguardé.

No me atrevía a moverme porque aquél era un poco el juego del ratón y el gato. Si hacía un solo movimiento en falso, sería cazado por la zarpa.

No me quedaba más remedio que ser prudente y esperar, porque ya había tentado con exceso la suerte. Bastaría que una bala me alcanzase parcialmente, dejándome inmovilizado, para que mi enemigo pudiera rematarme a placer.

De modo que esperé. Creo que aguardé durante unos diez o doce minutos antes de ponerme en movimiento de nuevo.

Para entonces, según mis cálculos, mi enemigo debía haberse largado ya. De modo que me pegué otra vez a la hilera de matojos, avancé sobre mi vientre, valiéndome de los codos, y llegué a la casa sin ningún mal tropiezo.

Entré de nuevo por la puertecilla. Cosa extraña, ahora que sabía que me estaba enfrentando con alguien real y concreto, no sentía el menor temor. Me daban mucho más miedo las pesadillas, las cosas que se le quedaban a uno clavadas en el alma. Sigilosamente puse los pies en el interior. Llegué al dormitorio que compartía con Marjorie.

Y allí sí que pareció como si se me rompieran a la vez todos mis músculos, todos mis nervios.

Porque, cubierto completamente con las ropas, se veía en la cama el cuerpo de Marjorie.

Y sobre el bulto que formaba, clavado a la altura del corazón, emergía un largo cuchillo.

Desde las ropas se deslizaba hasta el suelo un alucinante caño de sangre.

CAPÍTULO XI

Me di cuenta de que había contenido la respiración cuando quise gritar y no pude hacerlo. De pronto una especie de ronquido brotó de mi garganta. Apretó los labios y, haciendo un terrible esfuerzo, barboté:

—¡Marjorie!

La voz susurró a mi espalda:

—¿Qué sucede, querido?

Quedé más helado de lo que estaba. ¿No era aquélla la voz de Marjorie? ¿O me había vuelto loco?

Volví levemente la cabeza y la vi. Ella avanzaba por el pasillo tranquilamente, dirigiéndose al dormitorio.

Iba semidesnuda, con sólo una camisita corta muy transparente. Llevaba zapatos blancos y de alto tacón. Componía una figura que, de haber aparecido en la cubierta de una revista galante, hubiera hecho agotarse la edición en media hora.

Pero todo aquello pasó por mi imaginación como un soplo lejano. Había algo mucho más importante, y lo tenía apenas a cuatro pasos de mí. Aquel cuerpo de mujer, tapado por las ropas y cubierto de sangre...

Ella, o no se había dado cuenta de nada o era la artista más admirable que yo había visto en mi vida. Porque siguió acercándose, moviendo sus ondulantes caderas, mientras preguntaba:

—¿Qué te sucedía, querido? ¿Dónde estabas?

—Marjorie...

Mi voz era extrañamente ronca.

—¿Qué, Richard?

—¿De dónde vienes?

—Te buscaba al no encontrarte en la cama. No sé qué ocurre. Desde que estamos aquí parece como si jugásemos al ratón y al gato.

—Eso es exactamente, lo que creo yo, Marjorie: el ratón y el gato. ¿Cuánto tiempo hace que estás fuera de la habitación?

—Unos diez minutos.

Se había detenido unos pasos antes de llegar al umbral y me miraba con sonrisa animosa.

—¿No has oído nada? —musité.

—¿Oír qué?

—Disparos.

—Richard, no digas tonterías...

—Alguien ha intentado acribillarme desde el bosque.

—¿Quién?

—No lo sé —dije, mirando fijamente su rostro alterado—, pero sin duda alguien que ha aprovechado bien el tiempo.

—¿En qué sentido? —musitó con voz temblorosa.

—Mientras yo esperaba en el bosque a que se alejase, mi enemigo, sea quien sea, ha venido a esta casa. Está sucediendo algo que es demasiado increíble, Marjorie. Mira.

Le permití que entrase, haciéndome a un lado, y entonces descubrió lo que había dentro de la habitación.

Al principio sus facciones siguieron inalterables. Sólo sus ojos sufrieron una brutal sacudida.

Me di cuenta de lo que iba a sucederle y la sostuve a tiempo. Marjorie lanzó un gemido y se desplomó en mis brazos. Sus ojos estaban blancos y advertí enseguida que acababa de sufrir un grave «*shock*».

Pero no podía atenderla por el momento. Lo único que hice fue depositarla con cuidado en una de las butacas.

Me acerqué entonces al lecho y descubrí de un tirón el cuerpo que había debajo de las sábanas.

El puñal se desclavó y cayó al suelo, pero ni siquiera me di cuenta de eso. Estaba demasiado asombrado para prestar atención a pequeños detalles.

La mujer muerta bajo las ropas había sido joven y bonita. Le calculé unos veinticinco años. Tenía los cabellos rubios, las facciones blancas —en parte debido a la palidez de la muerte— y

las piernas muy bien torneadas. Llevaba un elegante vestido de punto, que se le había arrugado, casi hasta la cintura. Desde allí para abajo no había rastro de sangre, pero el resto de su cuerpo era una auténtica catarata. Por su herida aún brotaban hilos de líquido rojo, lo cual indicaba que había sido asesinada muy pocos minutos antes.

Me acerqué, procurando no pisar la sangre, y la miré tras volverle un poco la cabeza. No había visto nunca a aquella mujer, pero su imagen me resultaba familiar.

Al fin la recordé, y estuve a punto de lanzar un grito.

¡Era Greta Unser!

¡Era otro de los testigos de cargo contra Benton! ¡El penúltimo testigo de la lista!

¡Ahora sólo quedaba Doc Sanders!

Me aseguré bien, mirando atentamente aquel rostro sin vida. Había visto fotos de Greta Unser en los periódicos, al igual que fotos de los otros cuatro testigos, que ahora, a excepción de uno, estaban muertos. La muchacha tenía la misma cara que en las reproducciones de los periódicos. No había posibilidad de error.

Presentaba dos cuchilladas y las dos en la espalda. La primera, que fue la realmente mortal, le interesaba el corazón. Debieron propinársela cuando ella estaba de pie y ante la cama. Luego la arrojaron sobre el lecho, la cubrieron enteramente —cabeza y todo— con las ropas y le clavaron el cuchillo de nuevo, dejándolo allí.

Todo debió ocurrir mientras Marjorie estaba fuera buscándome. Eso sí... eso si no lo había hecho la propia Marjorie...

La miré.

No. No podía haber sido ella. Era ridículo pensar aquello. No sabía por qué, pero tenía la sensación de que Marjorie estaba envuelta en el conflicto sin quererlo, igual que yo, y de que era inocente.

Pero necesitábamos salir cuanto antes de allí.

Tenía que avisar a Trullock, aunque el primer pensamiento de éste, cuando conociese todo aquello, fuera enviarme a la silla eléctrica.

Tomé en mis brazos a la inanimada Marjorie y la saqué al exterior, para que el viento fresco del amanecer la fuese calmando. Luego, sin tocar nada más, empecé a preparar lo indispensable para

regresar a Nueva York. Quería llegar cuanto antes a la Brigada de Homicidios.

CAPÍTULO XII

Trullock, con las manos a la espalda, daba vueltas igual que una fiera enjaulada. De vez en cuando me miraba, y por la expresión de su cara yo notaba que tenía deseos de lanzar un rugido. Había interrogado por separado a Marjorie y a su madre, y ahora me tocaba a mí. Llevábamos en aquel despacho más de dos horas.

—¡Es increíble! —masculló—. ¡Greta Unser allí! ¡Todos los que declararon contra Benton han muerto! ¿Sabes lo que eso significa, Richard?

Le miré calmamente. Ahora, cosa extraña, sentía mis nervios más templados y serenos que nunca.

No veía claro en aquello, pero al menos me movía en un terreno más concreto.

—Empecemos por el principio, Trullock —susurré—. Vosotros registrasteis aquella casa. ¿Y qué?

—Había un desván, en efecto. Y dentro, en el polvo, huellas de un hombre que se apoyaba en un solo pie. Y en una muleta. No oíste mal, muchacho. En efecto, sobre tu cabeza se paseaba un cojo.

—¿El mismo que en el hotel Waldorf?

—No, no... Aquél era, efectivamente, un viejo esquiador llamado Fisher. No te engañaron. Se trató de una simple coincidencia.

—¿Y quién era el segundo cojo? ¿El de la casa del bosque?

Trullock me miró fijamente.

Hasta ese momento no me había desnudado su pensamiento. Tuve la sensación de que ahora lo haría.

—Tenía que ser Benton —murmuró.

—¿Qué... qué dices?

—¿No sabías que Benton recibió un balazo al huir de la cárcel?

Lo más fácil es que esté cojo y necesite apoyarse en una muleta para andar.

Tragué saliva.

—Oye, Trullock, ahora relaciono dos cosas. ¿Recuerdas que te dije que, cuando me arrojaron por aquella ventana del hotel, tuve la sensación de que tocaban mis pies algo que no era una mano humana y tampoco un bastón?

—Sí.

—Tuvo que ser una muleta. Y fue Benton el que lo hizo.

—Es muy posible. Y te voy a contar más cosas, Richard, con la condición de que tú me expliques también lo que sepas. Benton robó joyas muy valiosas a las dos mujeres a las que asesinó. Enormemente valiosas. No han sido encontradas aún.

Guardó silencio. La verdad era que aquella noticia, para mí carecía de importancia.

—Segunda cosa —dijo Trullock—. El solía parar muchas veces en el hotel Simpson.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Al menos indica que conocía muy bien el ambiente. Y que allí fue matando uno a uno a los que le habían acusado ante el fiscal para vengarse.

—Pero ¿por qué acudieron ellos allí?

Trullock lanzó un salivazo a una lejana escupidera.

—Eran sus cómplices.

—¿Cómo?...

Ahora sí que la noticia me había llenado de asombro. Miré unos instantes a Trullock como si no le creyese.

Éste afirmó lentamente.

—Sus cómplices —dijo—, aunque no intervinieron en los crímenes. Sí, amiguito mío, los cinco. Nosotros sabíamos eso, naturalmente, cuando el juicio empezó, pero hicimos un trato con esa gentuza. Nos constaba que el plan para los dos asesinatos y consiguientes robos había sido conjunto, pero que sólo Benton había sido el autor material de los mismos. Como necesitábamos pruebas, acordamos con esos granujas que no serían acusados si comparecían como testigos del fiscal. Ellos accedieron. Ese pacto, por vergonzoso que parezca, es muy frecuente aquí. Más vale cazar un pájaro grande seguro que a cinco pequeños o probables. Benton

fue condenado.

—¿Y crees que, después de huir, los ha ido matando por venganza?

—Estoy seguro —dijo Trullock—. Debía atraerles allí prometiéndoles parte del botín. Los otros le creyeron, pensando ser más listos que él, pero fueron muriendo uno a uno. Greta Unser ya no se fió. Por eso la mató en la casa que tú habías alquilado. Ahora sólo queda Doc Sanders, pero a ése lo hemos encarcelado ya. Está conforme en cantar de plano sobre su complicidad con tal de salvar la vida. Tiene tanto miedo que no le importa ir a la cárcel por muchos años.

Encendí un cigarrillo con manos poco firmes.

—Lo que tú me refieres son hechos y no teorías, Trullock —susurré—. Por tanto, imagino que son ciertos.

—Lo son.

—Pero no explican por qué todos cayeron absurdamente desde una ventana... Y por qué cambiaban de marca de cigarrillos sin saber la causa. Y por qué yo mismo vi a Benton entrar y salir, volando por los aires.

Trullock se estremeció. Y al advertir lo que le ocurría, a pesar de ser él un hombre experimentado: tenía miedo, verdadero miedo. Pero nunca querría confesarlo.

—Todo eso quizá lo averiguaremos algún día —susurró—. Lo importante ahora es que creo tener acorralado a Benton. Lo encontraré sin duda alguna. Estoy seguro de que daré con él.

—Otra cosa que no concuerda, muchacho.

—¿Cuál?

—Si Benton estaba en el desván, a mí me dispararon desde lejos, desde el bosque. No pudo ser él.

—Puede tener un cómplice. Todo eso lo averiguaremos cuando le echemos el guante.

—Voy a hacerte una proposición, Trullock —decidí de pronto.

—¿Es que tienes alguna idea?

—En este caso sí. Comprendo que no soy más que un sospechoso, pero te ofrezco un trato. Voy a hospedarme yo sólo en el hotel Simpson. No lo vigiléis de ningún modo. Yo averiguaré lo que ocurre. Si Benton va por allí... Bueno, el caso habrá terminado. Yo me encargaré de él, Trullock.

Él pareció reflexionar un momento.

—Eso es irregular... —musitó—. Pero ninguno de mis hombres está tan metido en el caso como tú, Richard.

—¿Accedes entonces?

Él me estrechó la mano.

—¿Cuándo piensas instalarte allí?

—Esta misma noche —dijo—. Sin falta. Esta misma noche...

TERCERA PARTE

UN ROSTRO EN LA OSCURIDAD

CAPÍTULO XIII

A Marjorie le conté con detalle lo que había acordado con Trullock, pero no así a su madre. Sólo a Marjorie le importaba lo que iba a ocurrir, pese a que mi respetable mamá política parecía adivinar algo y se sentía muy afectada.

Debo reconocer que era una mujer muy discreta.

Mientras duraron mis breves relaciones con Marjorie, no hizo acto de presencia más que una sola vez. No vivía con su hija, sino en una pensión, porque temía molestar. En realidad, según adiviné por los hechos más que por las palabras, ella era una viuda que nunca trató demasiado bien a su hija, y quizá ahora se sentía avergonzada. Marjorie tuvo que aprender a ganarse el pan desde niña y eso hizo que se independizara muy pronto.

Su madre era una mujer de unos cincuenta años, robusta y sana. Digo esto porque creo que no me he referido en ningún momento a su aspecto físico, aunque esto tenga poca importancia ahora.

Nos dejó solos cuando me despedí de la muchacha. Le dije que tenía que salir de viaje por asuntos profesionales. Marjorie, que sabía la verdad, me despidió con un beso que recuerdo todavía.

La verdad era que nuestra luna de miel, hasta entonces, había sido un asco.

Me prometí a mí mismo que todo cambiaría cuando me instalase en solitario en la habitación 202, que tantos recuerdos tenía para mí. Cuando me tendí en el lecho, crucé las manos bajo la nuca, como había hecho otras veces, y miré fijamente la ventana por la que, durante las noches, entraba y salía la imagen de Benton.

Todo podían ser mandangas. Sí, seguro que lo eran.

Pero detrás de ellas comenzaba a haber una legión de muertos.

Durante dos días nada sucedió.

Aquellas fueron las horas más aburridas de mi existencia entera. Sólo salía para comer, comprar cigarrillos y periódicos y tomar una copa. El resto del tiempo me lo pasaba dando vueltas por la habitación o tumbado en la cama y con la mirada perdida en la ventana.

Una ventana por la que sólo penetraba aquella luz gris, plomiza, triste...

En el hotel había poco movimiento. Casi conocía a los huéspedes por el ruido de sus pasos. Me fijaba especialmente en eso, por si alguno de ellos delataba una cojera más o menos oculta. Pero mis esperanzas se vieron defraudadas.

Aunque la policía no parecía vigilar correctamente el hotel, yo estaba seguro de que algunos de aquellos huéspedes eran hombres del teniente Trullock. También debían serlo algunos «paseantes» casuales que deambulaban por la calle. Y todo aquello debía hacer que Benton estuviera más acorralado cada vez.

Durante las noches, tampoco vi su rostro que entraba por la ventana, que se acercaba y luego se esfumaba en el aire. Fueron las noches más tranquilas y aburridas de mi vida entera.

Bueno, me refiero a las dos primeras noches.

Al llegar la tercera, algo ocurrió, algo que me hizo vivir de nuevo los viejos horrores.

Fueron aquellos pasos, los pasos de alguien que caminaba por la habitación inferior.

Yo estaba en la 202 y, por tanto, era en la 102 donde ocurría aquello. Me desperté bañado en sudor, creyendo que revivía una vieja pesadilla.

Percibía perfectamente aquellos pasos.

Eran los de la otra vez, los del hombre cojo, con la única diferencia de que ahora no se oían arriba, sino abajo. Me estremecí al pensar que aquel cojo tenía que ser Benton.

Como prácticamente dormía vestido, sólo tuve que calzarme. Andando sigilosamente, miré por la ventana. Mis pies se posaron sobre la alfombra que siempre estaba al pie de ésta. Miré hacia abajo con todo cuidado. Se veía luz en la ventana inferior.

De pronto alguien se asomó también por ella, mirando a la calle. Vi su nuca y creí reconocer a aquel hombre, cuyo retrato había

visto varias veces. Era Benton.

Debía esperar a Doc Sanders, sin saber que éste estaba detenido. No se daba cuenta de que él mismo se había metido en la boca del lobo.

Y de repente ocurrió algo que yo no esperaba, algo que me hizo estremecer, lanzar un aullido sordo.

Porque de pronto Benton cayó.

¡Cayó al abismo!

Su alarido me heló la sangre. Fue algo que yo no esperaba, y por eso me produjo un efecto doblemente espantoso. Seguí como hipnotizado la trayectoria de su cuerpo, hasta ver cómo se estrellaba en la calzada. Inmediatamente se extendió bajo él un oscuro lago de sangre.

Varios hombres corrieron desde todos los puntos cardinales. Sin duda eran policías de los que acechaban por los contornos, obedeciendo órdenes de Trullock.

Yo permanecí como obsesionado allí, quieto, rígido, durante un tiempo que debió ser muy largo, pero del que no me di cuenta. La calle se había llenado de gritos; un coche patrullero acababa de aparecer.

El sonido del teléfono pareció arrancarme de un mal sueño. Avancé como un autómatas y lo descolgué. No comprendía quién podía llamarme en ese momento.

La voz de Trullock me despabiló.

—Hola, Richard.

—Hola, teniente...

—Te llamo por radioteléfono. Estoy en el coche patrulla que has visto abajo.

—Trullock... Ese tipo es Benton, ¿verdad?

—Sí, amigo mío. ¿Sabes lo que eso significa?

—Que el caso ha terminado.

—Exacto, Richard.

—Pero no lo comprendo... ¿Se ha suicidado?

—Debió comprender que estaba acorralado, que no tenía escapatoria. Y ha decidido acabar cuanto antes. Un cobarde, después de todo. Pero ya está hecho.

Guardé silencio, sin saber qué contestar. Las manos me temblaban, e ignoraba por qué. La voz de Trullock volvió a

despabilarme.

—¿Estás ahí, Richard?

—Sí, Trullock.

—Puedes bajar. No pienses más en este condenado asunto. La pesadilla ha terminado, muchacho.

Colgué.

Debí sentir, lógicamente, un descanso infinito, pero la realidad era muy distinta. Era como si nada hubiese terminado aún, como si una mano helada me siguiese acariciando la espalda. Me acerqué a la ventana.

Y de repente la cara de Benton entró por ella.

Toda su cara. Bruscamente.

La cara entraba hasta el fondo de la habitación, retrocedía, lo llenaba todo, se esfumaba, se perdía en el aire...

Lo mismo que yo había visto en sueños, pero ahora era la realidad. Lancé una carcajada al comprenderlo todo.

Los extraños andamiajes de la casa frontera tenían tubos de neón de diversas formas y tamaños, cuyo conjunto no se apreciaba hasta que se encendían. Era uno de los anuncios luminosos más perfectos que había visto. Lo debían estar completando y lo probaban de vez en cuando, durante las noches. Consistía en la cara de Benton, formada por los tubos luminosos, llevándose un cigarrillo a la boca. La imagen aumentaba de tamaño, produciendo el efecto de que avanzaba hacia el espectador, y luego disminuía, componiendo una perfecta ilusión de retroceso. Daba la sensación de que llenaba la habitación entera. Era algo único.

Lancé una carcajada de alegría mientras el teléfono volvía a sonar. ¡Por fin tenía la explicación de algo que me había parecido inexplicable!

Descolgué. Era otra vez Trullock.

—¿Ves eso, Richard?

—Sí. Y si lo hubiese visto encendido, me habría dado cuenta enseguida. Pero durante el día muchas partes están tapadas, porque el anuncio aún no ha sido terminado, y la sensación que produce es muy distinta. Hemos tenido suerte de que lo probaran ahora.

Anunció los cigarrillos «Old Gold».

El teniente rió.

—Sí, ha sido una verdadera suerte. Cuando uno despertaba de

pronto, tenía la sensación de que el rostro de Benton entraba y salía por la ventana. Y como el ensayo duraba sólo unos segundos, cuando uno se despabilaba del todo tenía la sensación de soñar. Esas sensaciones oscuras, cuando uno está medio despierto solamente, se graban muy hondo. Eso fue lo que te ocurrió a ti; ahora lo comprendo. Y, sin saberlo, te sentías influido por el anuncio. Fumaba al día siguiente aquella marca de cigarrillos; igual le ocurrió a Silvia Carlton.

—Pero hay algo que no entiendo, Trullock. ¿Por qué esa cara es precisamente la de Benton?

—Porque ese anuncio lo diseñó y lo empezó él. Se dedicaba a eso antes de cometer sus crímenes. Vanidad, ¿sabes? Pura vanidad.

Trullock colgó.

Yo sentía ahora un infinito alivio. Sí, el caso había terminado definitivamente. Los misterios más insondables estaban explicados. Benton debía saber cuándo se encendería el anuncio, y aprovechaba entonces para matar. Me acerqué a la ventana y respiré hondamente. El aire me pareció más fresco, más puro. El misterio había terminado.

¿Terminado?

¿De veras estaba explicado todo? ¿O quizá...?

No, no debía pensar en eso. No debía volver al reino de las pesadillas. Al reino de las sombras.

¡Y de pronto mis pies fallaron! ¡Y de repente yo también salté al vacío!

CAPÍTULO XIV

Me encontré en el aire antes de que pudiera lanzar un grito. Sentí una angustia espantosa mientras todo parecía ascender hacia mí. Tendí una mano... ¡y me sujeté desesperadamente a uno de los hierros de la barandilla!

Era como la otra vez, pero con un agravante. Ahora, desde dentro, alguien me golpeaba los tres únicos dedos con los cuales podía sujetarme. ¡Me los golpeaba con una muleta!

No grité pidiendo socorro porque era innecesario. Desde abajo me estaban viendo al menos una docena de policías. Pero mis dedos cedían ya. No podía resistir más. ¡Iba a caer al abismo!

Vi entonces a la persona que me golpeaba con la muleta. La misma que me debió hacer caer aquella noche. Su rostro no parecía el mismo, sino que era una máscara de odio. Me estremecí al reconocer a la madre de Marjorie.

Un nuevo golpe me hizo ceder, pero logré sujetarme con la otra mano, mientras me contorsionaba desesperadamente.

La voz de Trullock me llegó desde abajo, ansiosamente:

—¡Aguanta, muchacho! ¡Aguanta!

Mientras bebía mi propio sudor, colgado al borde del abismo, comprendí el porqué de aquellas misteriosas caídas sin que nadie entrara en la habitación. Era la alfombrilla, la maldita alfombrilla que en las fotografías de la habitación de los sucesos yo había visto en lugares distintos, dándome la confusa sensación de que distinguía una pista, pero sin poder precisarla. Un fino hilo de nylon invisible estaba unido a aquella alfombrilla, y pasaba por debajo de la puerta de la habitación, de modo que una persona situada fuera, y mirando por el ojo de la cerradura, pudiera disparar desde dentro en el momento oportuno. La persona que estaba junto a la ventana

y sobre la alfombrilla, saltaba al faltarle el suelo bajo los pies. Luego el asesino —la asesina en este caso— no tenía más que seguir tirando del hilo. Inevitablemente la alfombrilla llegaba hasta la puerta, pero no podía pasar por debajo de ésta. El hilo llegaba a romperse, y no quedaba ningún rastro.

La muleta me golpeó la otra mano. Ya no podía más... Iba ya a soltarme cuando de pronto sonó una ráfaga.

Las balas, disparadas desde la casa frontera, pasaron casi rozándome. Oí un grito y la madre de Marjorie se empequeñeció, se arrugó, pareció difuminarse en el aire. De pronto dejó de golpear. Yo sentí que todo daba vueltas y entonces alguien tiró de mí desde el piso inferior. Me dejé caer blandamente...

—La madre de Marjorie era viuda realmente —me explicó Trullock más tarde—, pero durante el tiempo en que vivió lejos de su hija estuvo unida a Benton. Conocía los planes de éste y sabía que contaba con una fortuna guardada en algún sitio, después de sus dos robos. Benton, al fugarse, cometió el error de buscar ayuda en sus antiguos cómplices. Éstos, atraídos por la promesa de un reparto equitativo del botín, acordaron verse aquí con él en diversas ocasiones, y le facilitaron documentos falsos, dinero y ropas. Pero había una mujer más lista que todos ellos. Una mujer que comprendió que podría eliminarlos a todos, incluidos a Benton, y quedarse el botín en exclusiva...

—¿Fue ella la que mató a Greta Unser en la casa junto al bosque? —susurré.

—Exacto. La atrajo allí con un falso mensaje. Y la que estuvo a punto de matarte a ti, porque empezabas ya a ser un estorbo demasiado importante.

—¿Se ocultaba Benton allí?

—Sí. El confiaba en su amiga. En aquella casa había vivido Marjorie algún tiempo, durante su niñez, y por eso conocía algunos de sus detalles, aunque no los recordara conscientemente. Su madre había atraído allí a Benton pensando que era un excelente lugar para acabar con él, pero tú descubriste su escondite y por eso decidió eliminarte primero. Lo del sueño te lo explicó para que no supieses qué pensar. En casos así, es una buena táctica procurar que un investigador tenga una oscura sensación de pesadilla, que no vea las cosas claras.

Me pasé una mano por los ojos. Era ahora cuando creía despertar de un maldito sueño. Ahora cuando me parecía empezar a vivir.

—¿Y Marjorie? —susurré—. ¿Qué tiene que ver con esto?

—Nada. Ella te recomendó aquella casa porque a su vez, se la había recomendado su madre. Todo cuanto te dijo fue verdad. Incluso ignoraba que su madre tuvo algo que ver con Benton.

Descolgué el teléfono.

—Creo que ahora pasará por un mal momento —farfullé— y que le debo una explicación.

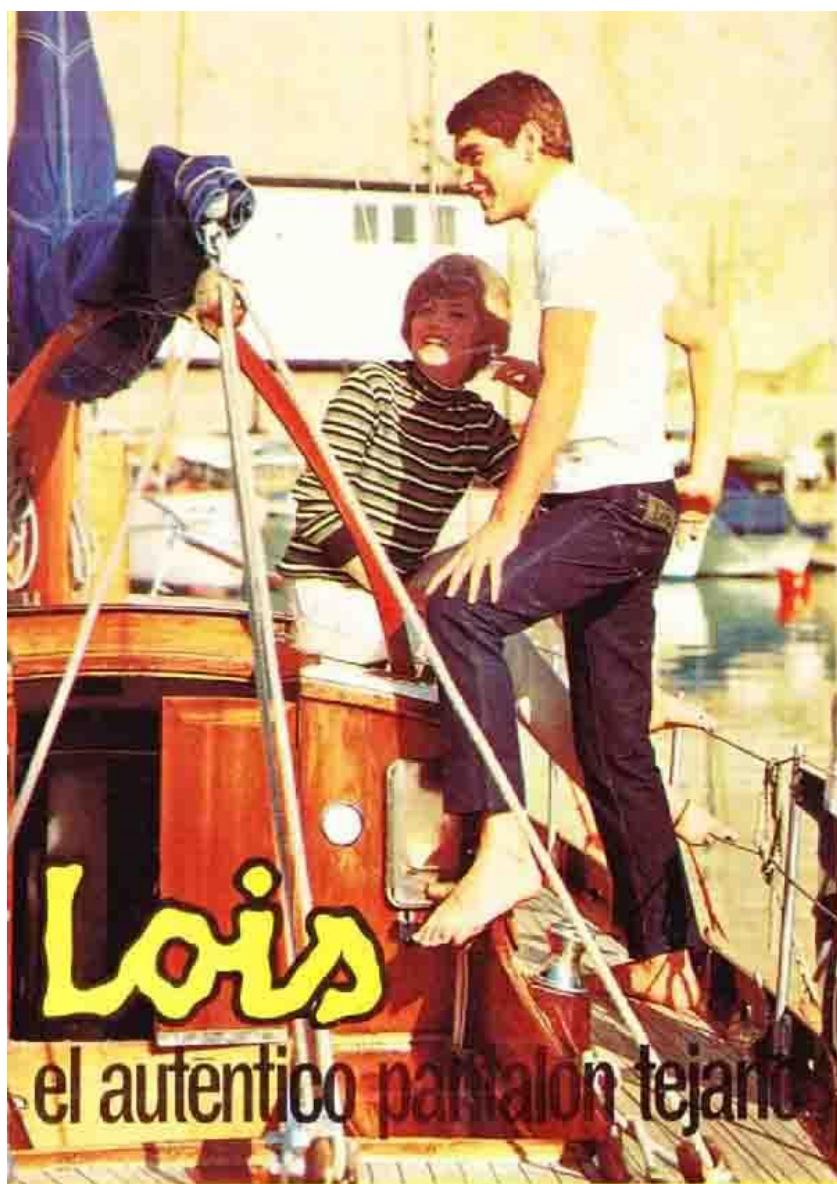
—Pues dásela, muchacho —murmuró el teniente—. Sólo tú puedes consolarla. Y cuando lo consigas recuerda que le debes una luna de miel...

Me dejó solo para que hablara con tranquilidad.

Disqué el número de mi despacho, confiando en que no me hubieran cortado el teléfono por falta de pago.

No. Afortunadamente aún no lo habían hecho.

FIN



Lois

el autentico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.